
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

En torno a Alexis de Tocqueville

Tesis que presenta
José Arturo Durán Padilla

Para obtener el grado de Maestría en Estudios Políticos y Sociales

Directora: Dra. Lourdes Quintanilla Obregón
Ciudad Universitaria, 2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.	1
Capítulo I. El modo de pensar lo político.	7
1. La historia.	
2. La comparación.	
3. El estilo.	
Capítulo II. Europa y América.	29
1. El problema de la centralización.	
2. Los riesgos de la democracia.	
Capítulo III. Francia antes y después.	52
1. Grupos sociales y continuidad.	
2. Religión y revolución.	
3. Nuevas ideas y antiguas instituciones.	
4. A manera de conclusión.	
Bibliografía.	87

Introducción.

En enero de 1832 Tocqueville subrayaba: “Todo lo que escribo está todavía confuso en mi espíritu, no he decidido nada, no sé si tendré voluntad, y sobre todo si encontraré los medios para emprender algo. Eso lo dejo al futuro...” Sin embargo, hoy ese futuro contempla la fecundidad de su obra bajo múltiples aristas. Para la historiografía, Tocqueville se ha calificado entre los analistas más relevantes en el estudio de la Revolución Francesa, al mismo tiempo, que su trabajo es reconocido por ser de los primeros en examinar el sistema político norteamericano.

En el campo de la sociología, su obra se ha explorado bajo la dualidad que enfrentan las sociedades industriales y tradicionales. En lo político, se le estima como un renovador del liberalismo clásico¹, al tiempo en que es situado en contrapartida a pensadores de la influencia de Carlos Marx². Algunos enfoques en filosofía lo vinculan íntimamente al positivismo de Hegel o Comte, en cuanto juzgan que su razonamiento positivo se opone a la negación especulativa y su crítica conforma una superación de análisis histórico y social³.

Otras veces se presupone la existencia de una estricta metodología implícita en su trabajo, por lo que el esfuerzo de ciertos intérpretes se dirige a revelar el contenido que Tocqueville no quiso exponer abiertamente en sus investigaciones. Tal visión imagina el esfuerzo por estudiar los procesos de asociación para sobreponer un "pluralismo metodológico y empírico", en lugar del individualismo liberal. De esta manera,

¹ Robert Nisbet observa la originalidad de su obra: “A diferencia de todos sus contemporáneos, Tocqueville no vio a la democracia como un sistema de libertad, sino de poder. La democracia, con su hincapié sobre la igualdad y la libertad y la autoridad tradicional, y su sentido de centralización y unificación nacional, es solo la consecuencia lógica e inevitable de fuerzas que habían comenzado a actuar varios siglos antes”. Anotado en **La formación del pensamiento sociológico**, p: 162.

² El propio Nisbet asegura al respecto: “Ni el propio Marx superó a Tocqueville en cuanto el papel que asigna al dinero en la sociedad democrática, a su influencia decisiva sobre el status”. Op. cit, p: 23.

³ Tocqueville, **Inéditos sobre la Revolución**, p: 14-15.

Tocqueville se presenta como un autor que escapa del positivismo para afirmar la libertad como contenido de una teoría del cambio por encima de cualquier metodología historiográfica⁴.

De acuerdo a la temática abordada en su obra, hay quien supone que el principal interés de Tocqueville fue elaborar una teoría de la democracia para sobreponerla a la idea de revolución radical⁵. En esta amplia diversidad de opiniones, la herencia de Tocqueville también aparece como una revelación al anticipar el surgimiento de la democracia, o bien, por apuntar el papel predominante de Rusia y de los Estados Unidos como centros de hegemonía mundial en el siglo XX.

Entre las llamadas ciencias sociales su obra ha motivado el diseño de análisis comparativos en el estudio de distintas formas de regímenes políticos. Su escrupuloso rigor al identificar momentos de la transformación política ha influido en la aplicación de esquemas cuantitativos en estudios de opinión pública.

Recientemente, se le ha reconocido como teórico de la tolerancia y del pluralismo. Sus estudios acerca de la democracia norteamericana sirvieron para formular la idea de “capital social” en Robert Putnam⁶; o bien, para sugerir la redefinición de espacio público y de esfera civil en las sociedades contemporáneas en los trabajos de Arato y Cohen⁷. Otras interpretaciones, por muy distintos motivos, han sido menos divulgadas, por ejemplo, *La marcha de la igualdad* de Francis Fukuyama no tiene mucho que pueda calificarse de novedoso⁸.

⁴ Tomado de Sauca Cano, **La ciencia de la asociación de Tocqueville, Presupuestos metodológicos para una teoría liberal de la vertebración social**, p: 215.

⁵ Ibidem.

⁶ Ver Robert D. Putnam, *Bowling Alone: America's Declining Social Capital*, Journal of Democracy, núm. 6, enero de 1995, p: 65-78; y **Making Democracy Work: Civil Traditions in Modern Italy**, Princeton University Press, Princeton, 1993.

⁷ Ver Arato y Cohen, **La sociedad civil: de la teoría a la realidad** de 1999; o, *Esfera pública y sociedad civil*, en **Metapolítica**, vol. 3, núm. 9.

⁸ Fukuyama anota: “Cualesquiera que sean sus ambigüedades últimas, Tocqueville claramente tiene una teoría de la historia que va mucho más allá de la afirmación de que la marcha de la democracia es providencial. En realidad, su teoría se anticipa a casi todas las otras teorías sobre la modernización y

Pero la obra de Tocqueville no siempre ha logrado una recepción del todo elogiosa. Carl Schmitt, a pesar de reconocer la originalidad de su diagnóstico, encuentra en su obra las respuestas: “propias de un cortés moralista, pintor de la vida moderna, que contiene su tristeza y desesperación ante un futuro inevitable de centralización y democratización de la humanidad, como tendencia general de la evolución común a todos los signos políticos”⁹.

No hay duda que los resultados de sus investigaciones en torno a la democracia y a la transición de la antigüedad han sido provechosos para sus contemporáneos como John Stuart Mill, o para sus intérpretes como Aron o Lefort. El ánimo que prevalece desde hace dos décadas muestra un significativo interés alrededor de su biografía, en la que destaca el trabajo de André Jardin¹⁰ y una nutrida realización de estudios, en particular, sobresale la edición de sus obras completas¹¹.

Este ensayo pretende examinar el carácter que envuelve la filosofía política en la obra de Alexis de Tocqueville. La investigación parte de considerar que la historia constituye una fundamental columna vertebral de análisis y, que el campo de la política ha implicado siempre relaciones regidas por un juego continuo de experiencias y pasiones que fluyen incesantemente; por lo que representa una dimensión amplia de la acción de

la evolución política que lo habría de seguir. Es señal de su genio que haya alcanzado todo esto en un capítulo de no más de doce páginas”.

⁹ En Carl Schmitt, *Historiographia in nuce: Alexis de Tocqueville*, Ex captivitate salus; sd/e.

¹⁰ Una referencia oportuna al trabajo de Jardín es el ensayo de Julio Bracho, *La odisea de Tocqueville* aparecido en **Historias** No. 25.

¹¹ Julián Sauquillo resume: “En Francia, dentro del interés más reciente, desde que Furet publica **Tocqueville et le problème de la Révolution française** (Penser la Révolution française, 1978), se han sucedido las publicaciones biográficas (André Jardin, **Alexis de Tocqueville, 1805-1859**) y las monografías (Lamberti, **Tocqueville et les deux démocraties**; Manent, **Tocqueville et la nature de la démocraties**; Mélonio, **Tocqueville et les Français**, por sólo mencionar algunas recientes). En Estados Unidos, en torno a los archivos Tocqueville de Yale, existe una producción inmensa centrada en la revolución americana y el viaje de Tocqueville a Estados Unidos (Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America*; Schleifer, **The Making of Tocqueville’s Democracy in America**, por mencionar los más clásicos). La obra completa, con su inmenso epistolario, se encuentra en muy avanzado estado de edición, bajo la dirección de J. P. Mayer y François Furet. Y en los países del Este, languideciente Marx, Tocqueville cobra una inusitada energía teórica para favorecer un recambio ideológico facilitador de la transición política de estos antiguos países socialistas”; Ibidem.

los hombres, que sólo puede comprenderse en el conjunto de vínculos en que se desenvuelven los propios protagonistas.

En ese tejido de relaciones, al que comúnmente llamamos sociedad, todo se une, se mezcla o se opone, por lo que la política no puede ser vista como un reino aparte. Por esta razón, el esfuerzo de Tocqueville en ningún momento intenta separar historia, religión, costumbres, cultura o jurisprudencia. Su reflexión es una filosofía política que niega reducirse a categorías cerradas, su análisis va y viene en el tiempo para cuestionar y responder, comparar y recuperar el pasado para comprender en su conjunto el quehacer político.

De este modo, Tocqueville contempla cómo las leyes y las pasiones se recrean dentro de los Estados Unidos, su atención se concentra en comentar las maneras en que los hombres de su tiempo se gobiernan en comparación permanente con las antiguas instituciones europeas. Al delimitar así su ámbito de estudio se aleja de cualquier valoración predeterminada y de intentar probar algún procedimiento que presuma sugerirse como original.

Sin olvidar la importancia que tiene la historia en la reflexión de los problemas contemporáneos y sin pretender agotar la riqueza de su obra, el propósito de este ensayo ha sido observar la manera en que elabora paso a paso su filosofía política. De esta forma, la revisión emprendida se concentró en tres textos imprescindibles: **La Democracia en América**; el breve ensayo **El estado social y político de Francia antes y después de 1789**; y en **El antiguo régimen y la revolución**.

El primer capítulo, “El modo de pensar lo político”, está dedicado a observar la manera en que el autor delineó su trabajo a partir de tres elementos estratégicos: lo histórico, lo comparativo y el estilo particular de exponer sus resultados. Aquí se consideran algunas circunstancias que lo llevaron a emprender su investigación y a mantenerse alejado de una preparación tradicional en el campo de la filosofía.

Se sugiere que el trabajo del autor se concentró en replantear sus interrogantes a la luz de una historia que exige ver al hombre en el conjunto de sus manifestaciones sociales, y hacer de la historia una herramienta de la filosofía política. El apartado presenta las características generales de su método de comparación y de su estilo particular para exponer los resultados de sus investigaciones.

La obra de Tocqueville se expresa en dos grandes proyectos de investigación que constituyen las materias del segundo capítulo, donde se presentan las diferencias entre Norteamérica y Francia, el problema de la centralización administrativa y política, la organización comunitaria como pauta de vínculo y continuidad en Estados Unidos.

Al mismo tiempo, este segundo apartado revisa la advertencia sobre los riesgos que enfrenta la democracia. Se destacan los efectos perjudiciales del individualismo en la vida de las sociedades igualitarias, la forma lasciva en que actúa; se observan las tensiones entre libertad e igualdad que indirectamente generan un estado despótico al sobreponer la indiferencia entre los hombres y, hace hincapié en la asociación de los particulares como un punto de oposición a un estado despótico y a un individualismo desenfrenado.

El capítulo tercero “Francia antes y después”, se divide en las dicotomías: Grupos sociales y continuidad; Religión y revolución; y, Nuevas ideas y antiguas instituciones. La primera parte reconoce las visiones convencionales acerca de la revolución; da cuenta de la manera en que Tocqueville analiza los grupos sociales para mostrar la situación de la antigua Francia. El examen pone atención en el *tercer estado* como un grupo opuesto a la nobleza; contempla el mosaico de vínculos y oposiciones como una especie de guerra intermitente. Repasa el problema de la parcelación territorial, el surgimiento de nuevos intelectuales opuestos a los viejos privilegios de la aristocracia decadente.

El segundo apartado de este capítulo, “Religión y revolución”, explora el marco de comparaciones que Tocqueville establece entre estos dos ámbitos. Se advierte que la

revolución a pesar de ir en contra de las instituciones religiosas tomó algunas de sus pautas para difundir la idea de individuo; al mismo tiempo, se contempla la importancia que merece el estudio de las pasiones en la confrontación política.

En la sección titulada “Nuevas ideas y antiguas instituciones”, se valoran las causas directas que Tocqueville expone acerca de la decadencia de la vieja sociedad. Se considera la inclinación de Francia a la literatura y la necesidad de reconstrucción sobre instancias surgidas del Siglo de las Luces. Asimismo, se examina la disposición del autor a evitar cualquier determinismo y, se destaca cómo este movimiento surgido desde la esfera intelectual para abolir el despotismo aristocrático, más tarde se condujo al terror y a restaurar los mecanismos de la antigua centralización.

Explicar este complejo proceso implica un examen detenido de la acción de los hombres enfrentados a condiciones históricas concretas. Las consideraciones finales de este ensayo, más que proponer una reinterpretación de los contenidos de la democracia norteamericana o de la Revolución Francesa, sugieren hacer una lectura detenida de la obra de Tocqueville.

Vale decir que este ensayo no considera que la tarea de comparar ni el empleo de la historia hayan sido recursos originales o exclusivos del análisis de Tocqueville. Por el contrario, el objetivo particular ha sido observar cómo la combinación adecuada de estos dos recursos permitieron al autor el examen profundo y crítico de los acontecimientos en un insistente ir y venir entre el presente y el pasado, sin que pudieran imponerse procedimientos únicos. En otras palabras, la finalidad de este ensayo ha buscado en Tocqueville examinar la manera particular de interpretar y de recuperar la historia como una perspectiva que posibilita permanentemente cuestionar la acción política con el ánimo de entender mejor los problemas contemporáneos.

Capítulo 1. El modo de pensar lo político.

Por la forma sistemática de analizar las prácticas democráticas o los momentos de transformación de una antigua sociedad, Alexis de Tocqueville ha sido uno de los autores que más han influido en el pensamiento político moderno. Su escrupuloso rigor para profundizar y formar su juicio histórico, obligan a emprender una lectura cuidadosa de su obra y a revalorar su experiencia particular para entender de un mejor modo su visión política.

Charles Alexis Clérel de Tocqueville nació en Veneuil el 29 de julio de 1805, a doce años de haber sido decapitado Luis XVI y, vive su niñez en pleno momento del imperio napoleónico. Perteneciente a la aristocracia rural francesa, la familia estuvo bajo la incertidumbre de saber que su padre, el conde Hervé de Tocqueville, podía ser llamado a defender a la Reina en momentos de plena incertidumbre revolucionaria.

La familia gozó de prestigio y arraigo en la intensa vida política de Francia. El conde Malesherbes, bisabuelo de Alexis, a pesar de haberse desempeñado como ministro y fuerte crítico de la política centralista del rey, murió decapitado. En el entorno de la actividad parlamentaria francesa sobresale el abuelo materno Louis Le Pelletier Rosambo; así también el tío François René, vizconde de Chateaubriand, precursor del romanticismo francés y reconocido diplomático; o su propio padre, quien permaneció durante mucho tiempo laborando en asuntos de la corte destacándose por su interés en el tema de la centralización política.

Durante su niñez Alexis cursa los estudios primarios en Metz y, más tarde en la adolescencia, ante la disyuntiva de elegir la profesión militar que le aseguraba acceso a posiciones privilegiadas en el gobierno, opta por la carrera de leyes. En París estudia griego y latín, el programa escolar incluye oratoria, Cicerón, Horacio o Quintiliano, los filósofos del siglo XVIII, Voltaire, Montesquieu, Rousseau.

De esta época escolar sobresale su ensayo *La importancia de la elocuencia en el hombre*, en donde sostiene que el orador debe explotar sus capacidades a favor del buen servicio público. Al mismo tiempo muestra una clara inclinación al tema de la historia: “La historia explicativa del tiempo, entendida a partir de la comparación entre numerosos estados”¹².

Más tarde, en 1826 concluye sus estudios, mientras su padre ocupa el puesto de prefecto de Versalles. Es nombrado juez auditor en el tribunal de Versalles en 1827. A pesar de ocupar ese cargo durante 1827 hay momentos en que llega a sentirse “humillado por su relativa debilidad en la aplicación de los principios jurídicos cuyo estudio abstracto por otro lado, le había inspirado disgusto, se interesa en los juicios concretos que ocupan su espíritu, como el objeto amado, el corazón. Sin embargo, experimenta dificultades constantes en el ejercicio de la palabra: busca las palabras y acorta las ideas, envidia con rabia a los jóvenes que hablan con elocuencia de cualquier cosa”¹³.

Después de la revolución de julio de 1830, Tocqueville con pesar presta juramento de fidelidad al nuevo gobierno de Luis Felipe de Orleáns, el cual representa la posibilidad de recobrar algunas libertades después del periodo de la Restauración de Luis XVIII y del gobierno de Carlos X, quienes marcaron un significativo rezago en la educación y en la administración pública.

En ese año se desempeña como juez suplente auditor. Estrecha amistad con su primo Louis Kergolay y frecuenta a Gustave de Beaumont de la Bonninière, quienes se mantendrán a lo largo de su vida como consejeros en múltiples asuntos personales o profesionales, y a la vez, críticos permanentes de su obra.

¹² Jardin, **Alexis de Tocqueville 1805-1859**, p: 54.

¹³ Jardin, Op. cit, p: 67.

Viaja a Estados Unidos hacia 1831 para conocer el funcionamiento de sus prisiones y con el propósito de sugerir mejoras al sistema carcelario francés. A pesar de que en Europa prevalece la idea de una Norteamérica plagada de costumbres vulgares, de simplismo económico y de menosprecio a los alcances de su organización política, en Tocqueville se alberga una imagen contraria que se irá confirmando a lo largo de su investigación. Junto a Gustave de Beaumont se da a la tarea de preparar una apretada agenda para llevarla a cabo a lo largo de nueve meses de trabajo.

En América son atendidos cordialmente, reciben invitaciones de diversa índole; realizan entrevistas, se vinculan a destacados círculos de la política, procuran establecer relación con académicos, autoridades religiosas, antiguos funcionarios, banqueros, comerciantes. Recopilan documentos, testimonios escritos y folletos, revisan cotidianamente la prensa local, observan sus polémicas y ajustan con regularidad su plan de trabajo. El contacto con la sociedad americana les impone la necesidad de mejorar el manejo del idioma inglés, al mismo tiempo que les permite observar directamente y comparar las costumbres y hábitos comunes entre Europa y América.

Advierte Alexis de Tocqueville en su correspondencia durante el viaje a Norteamérica: “en verdad no tenemos más que una sola idea desde que estamos aquí; esta es conocer el país que recorreremos; para lograrlo, estamos obligados a analizar a priori la sociedad, buscar de qué elementos se constituye la nuestra para poder hacer aquí preguntas útiles y no olvidar nada. Este estudio es muy difícil pero lleno de atractivos, nos hace percibir una multitud de detalles que se pierden en la masa cuando no se ha recurrido al análisis y nos sugiere una variedad de observaciones e ideas prácticas en las que jamás habíamos pensado. El resultado de este trabajo ha sido una serie de preguntas a las cuales nos hemos dedicado a responder incesantemente. Sabiendo precisamente lo que queremos preguntar, las menores conversaciones son instructivas y podemos decir que no existe hombre en ninguna escala de la sociedad que no pueda enseñarnos algo”¹⁴.

¹⁴ Jardin, Op. cit, p: 93.

El resultado de la investigación realizada en este viaje se plasma en *El sistema penitenciario de Estados Unidos y su aplicación en Francia* de 1832 y, aunque la obra les brinda celebridad en Francia, Beaumont es remplazado en el tribunal de primera instancia del Sena por negarse a representar al ministerio público en el caso del suicidio del duque Luis de Borbón.

El ambiente en París es desfavorable para continuar la carrera en el servicio público. En ese entonces priva el desempleo, la pobreza es generalizada, hay miedo a la propalación del cólera, en especial, prevalece la inestabilidad política provocada desde “los odios atizados por los partidos que intentaban aprovecharse de la coyuntura para efectuar una nueva revolución”¹⁵.

Bajo estas condiciones Tocqueville se solidariza con Gustave de Beaumont y dimite a su cargo ante el procurador general. Al mismo tiempo, en este receso encuentra la oportunidad para empezar la redacción de los primeros manuscritos de **La Democracia en América**. Este propósito por lo menos lo concentra cerca de dieciocho meses de reflexión y trabajo.

Entre las influencias recibidas, sobresale el controvertido historiador Guizot, con quien debate a veces de forma tácita y otras explícita; Montesquieu es sin duda una referencia clave a la que vuelve una y otra vez. Dada la complejidad de su escritura es más difícil precisar el espíritu pascaliano en la obra de Tocqueville. La presencia de Rousseau, es innegable; tanto que, en el momento de la preparación de los manuscritos de **La Democracia en América** comenta a Louis de Kergolay: “hay tres hombres con quienes vivo un poco cada día, y son Pascal, Montesquieu y Rousseau”¹⁶.

¹⁵ Jardín, Op. cit, p: 144.

¹⁶ Anotado por James T. Schleifer; p:42. Más adelante sostiene en una nota al pie de página: “Cabe señalar que muchos comentaristas han estudiado la influencia de Pascal, Montesquieu y Rousseau en el estilo de Tocqueville. Véase, por ejemplo, Pirson, *Toc. and Bt.*, pp. 742-745. Estos tres escritores pueden también haber contribuido a dar forma a las ideas de Tocqueville. Puede consultarse una controvertida tesis acerca de la influencia de Rousseau, en Marvin Zetterbaum, *Tocqueville and the Problem of Democracy*”; p: 322.

A pesar de haber sido recibida con beneplácito, la obra no está exenta de críticas ni de objeciones: “Ciertamente, en ella se pueden descubrir errores. Tocqueville no vio el fortalecimiento del poder presidencial: Hay lagunas, no menciona las primeras tentativas socialistas ni la multiplicación de los sindicatos desde 1825. Se sabe que la esencia de la doctrina de Jackson aún es objeto de contradicción para sus intérpretes. Tocqueville se adhiere a una interpretación que sigue siendo muy plausible: el ideal de una república, de pequeños terratenientes, la preferencia acordada a la libre empresa, la exaltación de la clase media y del norteamericano perteneciente a ella. Y también ese compromiso entre una incesante movilidad social y un ideal conservador”¹⁷.

En la primera versión de **La Democracia en América** se advierte ya una manera especial del pensamiento político de Tocqueville, dadas las múltiples implicaciones de sus procedimientos, corresponde a este ensayo sólo anotar que esta forma de observar los problemas, en el conjunto de su obra, presenta al menos tres orientaciones particulares.

Una tiene que ver con su postura frente al sentido de la historia; la segunda está vinculada a la manera comparativa para construir el problema de investigación; mientras que la tercera, se asocia a la forma singular de presentar los resultados de su trabajo, cuestión que entre algunos alcanza a ser considerada como el estilo propio del autor.

1. La historia.

La palabra *método* proviene de las raíces griegas *metá*, hacia y *odós*, camino, y se refiere a la orientación de tareas seguidas para realizar algo. En términos específicos, atañe a la forma en que se piensa un objeto, al modo en cómo es tratado o a los procedimientos indispensables para conocerlo o imaginarlo. Pero más allá de cualquier

¹⁷ Jardin, Op. cit, pp: 178-179.

controversia, lo evidente es que no hay método único de proceder ni rigurosa estrategia obligada para emprender la tarea de investigar.

En el trabajo de Tocqueville no siempre hay pautas permanentes. Por el contrario, estimar la correlación de fenómenos o valorar los regímenes políticos resulta una aplicación de la indagación misma, mientras que la recurrencia al contraste histórico en su exposición se asocia a las condiciones que así se exige para enfocar o presentar sus puntos de vista. En ese esfuerzo, el autor continúa por varios caminos y avanza en la medida en que la experiencia de su análisis lo conducen a un ritmo propio para comentar la historia.

Aunque algunas críticas reclaman una explicación detallada de los procedimientos de investigación utilizados por Tocqueville, es claro que entre sus preocupaciones no está presente el interés por discutir sobre sus métodos de trabajo. Por lo que es difícil encontrar una explicación precisa de su modo particular de explorar la política. Entre sus apuntes o en sus borradores apenas se insinúan algunas consideraciones sin referencias directas al respecto; de tal suerte, que la manera de conducir su estudio a través de la historia y de la comparación sólo puede revelarse por sus resultados.

En su formación como analista, el autor no se orienta bajo una formación filosófica tradicional, ni tampoco se siente entusiasmo por los resultados de la economía fisiócrata de su época. En algunos momentos de su vida llega a mostrarse indiferente a revelar alguna inclinación favorable hacia este tipo de disciplinas. Por ello resulta aventurado afirmar que exista entre los propósitos de **La Democracia en América**, como en **El antiguo régimen y la revolución**, alguna inquietud explícita dirigida a discernir acerca de algún tema filosófico o económico por encima de su reflexión política¹⁸.

¹⁸ Diez Corral abunda acerca de este desinterés: "A lo largo de su vida dio Tocqueville pruebas de que tomaba en serio su incapacidad en materia de filosofía, recurriendo a la ayuda de gentes que consideraba competentes, como en el caso de Gobineau, recogidas en su interesantísimo epistolario, arrancan de una solicitud de ayuda hecha por Tocqueville en razón de considerarle un experto en filosofía alemana. Arthur Gobineau era un aristócrata con escasos recursos económicos circunstancias ambas que facilitaron el trato con Tocqueville al permitir tanto la contraprestación económica con un estipendio por su trabajo [...] Había recibido Tocqueville el encargo de la Academia des Sciences Morales

Más aún, el libro tercero de **El antiguo régimen y la revolución**, Tocqueville prácticamente dedica un capítulo a una aguda crítica al trabajo de los economistas de su época y señala: “El pasado constituye para los economistas un objeto de desprecio sin límites [...] Y partiendo de esta idea, ponen manos a la obra; no hay institución en nuestra historia, por antigua que sea y bien fundada que parezca, cuya abolición no pidan poco que les incomode o perjudique en la simetría de sus planes”¹⁹. Tampoco en el resto de su obra se muestra interés alguno por anteponer una reflexión abstracta frente a problemas particulares, lo que hace pensar en una comprensible crítica al ahistoricismo de su época.

Su inquietud se concentra en acumular materiales suficientes para reflexionar sobre nuevos problemas, observar y dialogar con testigos y especialistas, en una tarea minuciosa con el fin de distinguir particularidades del fenómeno político. Uno de sus biógrafos, el español Diez del Corral, recuerda: “La finalidad de la nueva ciencia consiste en conocer la estructura de esa nueva realidad democrática y, sobre todo, en regularla. [...] Tocqueville no fue muy dado a analizar la estructura de la ciencia política que cultivaba ni a explicar los métodos que él mismo empleaba”²⁰.

et Politiques de escribir un trabajo: Sur l'état des doctrines morales au XIX siècle et sur application à la politique et à l'administration, lo cual implicaba un conocimiento de filosofía alemana que Tocqueville no tenía y un gusto por la filosofía de que confesaba carecer. [...] El conde Gobineau procedió a redactar una serie de resúmenes de la filosofía moral de Kant, Fichte, Shelling y Hegel. Tocqueville los utilizó sin duda para cumplir su compromiso académico y luego los abandonó en la biblioteca de su *manoir*, sin volverse a ocupar expresamente de filosofía alemana hasta, que mientras preparaba su libro sobre **El antiguo régimen y la revolución**, se puso a estudiar el alemán y se instaló en Bonn con el fin de consultar en sus bibliotecas obras y documentos que le permitiesen saber en qué estado se encontraba Alemania al estallar la Revolución Francesa”; p: 40-41.

¹⁹ Tocqueville, **El antiguo régimen y la revolución**, Vol. 1, p: 170- 171.

²⁰ Diez del Corral agrega: “La más larga y explícita explicación de estas materias la expuso en una conferencia dada en 1852, siendo presidente de la Academia des Sciences Morales et Politiques. Tocqueville contrapone la diaria tarea práctica del político a la obra del científico político, distinguiendo cuidadosamente cuatro actividades relacionadas entre sí dentro de la ciencia política. La primera es la de los ‘publicistas’ que como Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Montesquieu y Rousseau investigan, mediante el uso de la historia o del estudio abstracto del hombre, cuáles son los derechos naturales que pertenecen al cuerpo social y los derechos que el individuo ejerce, qué leyes convienen más a las sociedades, según las formas que han recibido al nacer o han adoptado, qué sistemas de gobierno son aplicables según los casos, los lugares, los tiempos. La segunda actividad es la de los hombres como Grotius y Puffendorf, que trataron de las relaciones entre los Estados y el Derecho internacional. Vienen luego los que manteniendo la naturaleza general y teórica de sus estudios, limitan su campo como

Si bien es cierto que la teoría exige ser demostrada empíricamente, para Tocqueville el requisito inevitable y decisivo es la historia porque sin ella poco o nada se puede entender, sin ella no hay referencia alguna al hombre en el mundo. Se habla en el vacío bajo consideraciones sin testimonios para presentar una realidad dibujada con apreciaciones meramente personales.

Pero el pensar la historia no siempre ha sido una preocupación de quienes estudian la política. Las discusiones como elemento de comprensión son amplias y a veces críticas. Para ciertas corrientes de ideas, tal parece que el problema de evaluar el análisis histórico, lejos de considerarse auxilio o complemento, se presenta más como una objeción.

En la medida en que el estudio formal ha pretendido identificarse con lo preciso, la historia ha resultado frecuentemente cuestionada. Las críticas se dirigen a poner en duda la confiabilidad de la comparación histórica, por suponer que las cualidades de un determinado hecho sugieren las características de otro, lo que da por aceptado un contenido impuesto desde atributos ajenos. Ello condena los resultados de la comparación histórica a una persistente relatividad, al mismo tiempo, que amplía el desconocimiento del fenómeno examinado.

Otro tipo de objeción considera que los procedimientos del contraste histórico habitualmente se emplean como términos para compensar o encubrir las deficiencias de una explicación. Desde ese punto de vista, lo histórico queda orientado a desempeñarse como un complemento secundario de lo político destinado sólo al recuento simple del pasado. En el mejor de los casos, su tarea aparece para reforzar afirmaciones o cuestionar ciertos contenidos, pero sin mostrar la capacidad para entender o explicar al mundo en un sentido más amplio.

Beccaria que se ocupó del Derecho criminal y Adam Smith en Economía. Finalmente están los grandes comentaristas. Todos estos estudios son interdependientes: el comentarista necesita 'apoyarse sobre las verdades abstractas y generales que los publicistas han encontrado, y éstos han de fundar necesariamente sus teoría sobre los hechos particulares y las instituciones experimentales, que los comentaristas han revelado o descrito'; p: 44-45.

Frente a una idea particular de “ciencia” que ha puesto énfasis en observar la realidad a partir de la racionalización de las elecciones, por ejemplo, pareciera que los procedimientos de la historia se ven reducidos a términos secundarios de la investigación. En suma, para estas perspectivas que insisten en el olvido a la historia, ésta constituye una herramienta limitada porque sus procedimientos resultan ambiguos o inadecuados para lograr una explicación suficiente. Sin embargo, si esto es así, entonces ¿por qué pensar en la relación entre historia y política?

La historia no es tan limitada como piensan estos enfoques, valdría considerar que si todas las manifestaciones de ella fueran términos analíticos, la misma noción de historia perdería utilidad. Un dato histórico cobra sentido cuando está relacionado con un esquema general de ideas y resulta una referencia oportuna para aproximarse a un saber pertinente²¹.

El estudio de la historia permite ir más allá de la ciencia. Es cierto que ni la historia ni la comparación vuelven objetiva a la política, pero sí ayudan a hacerla más comprensible y prudente. Al valorar históricamente, el estudio de la política emprende la tarea de reconocer a través del pasado la recurrencia de las cosas, las constantes que se presentan, las causas y los efectos del ayer sobre la propia sociedad.

Más que un recurso, la historia es parte de la explicación misma de la política, son elementos complementarios que van íntimamente unidos. Una cosa es la historia como el simple acontecer, la continuidad de los sucesos y otra distinta es la historiografía, disciplina que pretende explicarlos. De las diferentes maneras de observar el devenir se derivan múltiples interpretaciones realizadas con diversos métodos. Por ejemplo, en Hegel la filosofía de la historia como la manifestación del espíritu absoluto, o en Marx los

²¹ Afirma Bertrand Badie al respecto: “Un método como este tiene sus límites, sobre todo en el ámbito de las ciencias sociales; el medio en el cual se elabora un objeto social es tan complejo e incluye tal cantidad de variables, cada una potencialmente explicativa, que es muy difícil aislar a una de ellas y asegurarse de que todas las demás sean neutras. Así pues, el método de las variaciones concomitantes es, en el mejor de los casos, aproximativo“. En **Política comparada**, p: 16.

modos de producción. Clío es musa de la historia, musa del tiempo que no se repite, pero queda en la memoria de los hombres.

Por tanto, la tarea que Tocqueville se impone es analizar dentro de un contexto histórico particular, examina situaciones semejantes o divergentes en combinación al replanteamiento persistente de preguntas y respuestas. Llega a comentar: “Es necesario crear en nosotros al hombre político. Para ello debemos estudiar la historia de los hombres y sobre todo de nuestros antecesores inmediatos: La historia es útil únicamente en cuanto da algunas nociones generales sobre toda la humanidad y prepara para ésta”²². Después Tocqueville precisa que la historia toma como punto de atención los cambios, las peculiaridades de los pueblos en el momento en que éstos se producen y las condiciones que resultan después de ocurridos.

El trabajo del autor reconoce que la historia no se interesa por una idea parcial de la cultura o por alguna visión acumulada de acontecimientos. Es mucho más que eso, piensa Tocqueville: “La historia de la civilización [...] quiere y debe abarcar todo al mismo tiempo. Es necesario examinar al hombre en todas sus posiciones de su existencia social. Es necesario que siga su evolución intelectual acerca de los hechos, las costumbres, las opiniones, las leyes y las creaciones de la inteligencia; que descienda al hombre mismo, aprecie las influencias extrañas en medio de las cuales se encuentra. En una palabra, es necesario describir al hombre durante un periodo determinado, y la historia de la civilización no es otra cosa que el resumen de todas las nociones que a él se refieren”²³.

Una distinción producto de esta idea de historia tiene que ver con los recursos empleados. El pensador francés incluye aspectos que, por lo común, quedan soslayados en el análisis convencional de la política. Conforme a ello incorpora la geografía como

²² Jardin, Op. cit, p: 70.

²³ Jardin, Op. cit, p: 71.

materia central²⁴. Esta opción nace de la necesidad por el reconocimiento de los territorios que explora, los viajes que realiza sin duda le brindan referencias privilegiadas para observar y sin ello difícilmente hubiera podido advertir con detenimiento los contrastes entre distintas sociedades.

El primer viaje a Norteamérica resulta determinante a lo largo de su trabajo, así como las visitas a Inglaterra, Suiza, Alemania o a Italia; o bien, sus encargos diplomáticos en Argelia, le posibilitan percatarse de los problemas de la política exterior francesa. Al igual que la geografía forma parte de la historia, la historia es a la vez política.

La historia y la geografía le permiten alcanzar mayor claridad frente a sus interrogantes y brindar consistencia a sus argumentos. Al plantear sus respuestas, se podría decir que no apela al carácter ideal de la humanidad ni a un sentido absoluto de la historia del hombre. Por el contrario, para el autor, el hombre es un individuo cotidiano que participa en la vida pública o renuncia a hacerlo, que resuelve o se abandona a la indiferencia que le brinda la masa frente a la dirección del poder. No hay abstracción de la condición del hombre en Tocqueville, como tampoco para él la sociedad se agota en elecciones racionales, ni se consume en la determinación de sistemas por más complejos que puedan ser los vínculos entre los individuos.

El propósito de Tocqueville es claro, no postula una filosofía de la historia, sino hacer de la historia una herramienta de la filosofía política. Su forma de comparar posibilita imaginar también un marco de relaciones donde historia y pensamiento filosófico aparecen como partes constitutivas de una manera de representar las cosas, en la que cada una se requiere recíprocamente bajo una tarea cuidadosa por realizarse²⁵.

²⁴ Tocqueville llega a comentar: “Hay una ciencia a la que hemos menospreciado y a la que ahora reconozco, no como útil, sino como absolutamente esencial: es la geografía. No el conocimiento del meridiano exacto de tal ciudad, sino [...] por ejemplo, meterse muy claramente en la cabeza la configuración de nuestro globo en tanto ella influya en las divisiones políticas de los pueblos y sus recursos; [...] Confieso que no es la geografía que se aprende en el colegio, pero me figuro que es la única que somos capaces de comprender y retener”. Anotado en **Cómo nació La Democracia en América de Tocqueville**, p: 54.

²⁵ Tocqueville dirá: “Pero las dificultades son inmensas. Entre ellas la que más me ocupa es la relación entre la historia y la filosofía de la historia. No veo todavía cómo puedo mezclar estas dos cosas,

En suma, en el análisis hay una presencia determinante de lo histórico que aspira ver a Francia como un estado moderno, con la energía suficiente para reconstruir su prestigio en un mundo extraordinario y contingente. En su momento, significa reivindicar una Francia renovada e igualitaria, que reclama la presencia de grupos sociales aptos para gobernarse y dirigentes capaces colocados por encima de la vieja condición aristocrática que obligaba el honor de servir al rey, o cumplir la vieja función de mediar entre el poder del monarca y el pueblo.

2. La comparación.

Mientras la abstracción resultó para Tocqueville una experiencia reservada, las pautas que siguió para investigar fueron las del problema mismo y la manera en que planteó su trabajo resultaron, más bien, las de un autodidacta. Sin embargo, de esa labor surge una segunda característica para entender su análisis político y esa se refiere al trabajo permanente de comparar.

Tocqueville escribe a su padre: “El espíritu como usted sabe, no se aclara más que por comparación”²⁶. En esa tarea, obstinadamente se concentra en revisar cada una de sus afirmaciones, busca e identifica los lados contrarios entre el hecho y el principio para someter sus juicios y los ajenos a todo tipo de interrogantes²⁷. Este esfuerzo rechaza los lugares comunes, las explicaciones simples; es escéptico al emplear categorías predeterminadas y se resiste a pensar la historia como una mera referencia ocasional.

y uno debe reunir ambas; pues, podemos decir, que la primera es el lienzo y la segunda el color, las dos son necesarias para realizar la pintura”. En **El Antiguo Régimen y la Revolución**, edición del Fondo de Cultura Económico, p: 37.

²⁶ Díez del Corral, Op. cit, p: 104.

²⁷ Anota Díez del Corral: “El método consistente en ordenar los hechos complejos poniéndolos en relación con algún principio, parece haberse configurado en discusiones con Kergolay, de suerte que éste ayudó a madurar el modo de desenvolver Tocqueville su pensamiento”, p: 119.

Para reconstruir el complejo estado de las sociedades que estudia, el autor pone en práctica un ejercicio de comparación que exige dos componentes: un elemento de contraste y otro distinto por representar. Al comparar siempre se enfrentan dos o más perspectivas que se acercan o se rechazan y, aunque la comparación no contiene validez por sí misma, en una oposición súbita los enunciados del contraste producen un breve cuadro de referencias. La consecuencia ofrece la posibilidad de reflejar imágenes o particularidades hasta entonces no mostradas; al hacerlo, el procedimiento permite motivar la representación de elementos que no habían sido considerados al principio de la investigación.

Valdría al respecto recordar a Carl Schmitt cuando señala que: “la verdad no se cumple por sí sola, sino que tiene necesidad de comandos coercibles”²⁸. El resultado comparativo de Tocqueville permite un manejo vertiginoso del tiempo más allá del debate acerca de la certeza de las cosas y, en ese juego de oposiciones, por los atributos del ejemplo o de la semejanza se ayuda descubrir rasgos que conforman la naturaleza de los hechos²⁹.

El ánimo permanente de investigar es el de la constante sospecha, por lo que Tocqueville realiza un múltiple juego de proposiciones para comparar en una persistente relación lo presente con lo pasado. Revisa regímenes y normas políticas, la manera en que los hombres se organizan, se subordinan o entran en conflicto. Los distintos resultados de este trabajo forman una experiencia provechosa y los puntos que comenta James T. Schleifer, por ejemplo, son los que apuntan a: “la distinción clave entre gobierno y administración, la inadecuación del sistema federal para Francia, la

²⁸ Schmitt, **El Concepto de lo Político**, p: 62.

²⁹ Anota Schleifer: “Ese empleo frecuente de las comparaciones y los distinguos respondía a un rasgo más general: su tendencia a pensar en función de contrarios o de culpas en tensión. En sus análisis de los resultados de la *démocratie* y de la relación entre el individuo y la sociedad, se encontraba con casi paradojas, con casi opuestos. Y a veces se adelantaba con demasiada osadía y caía en verdaderas contradicciones. En ocasiones se explicaba y en otras parecía incluso perder de vista sus propias opiniones. Así es cómo la gestación de La democracia parece revelar una mente caracterizada por una capacidad analítica soberbia y, más allá de eso, una rara facilidad para las visiones originales y para los atrevidos saltos teóricos”, p: 304.

necesidad de reformar moderadamente un sistema supercentralizado y el pesimismo sobre la disposición de la burocracia para llevarlo a cabo”³⁰.

Es difícil suponer la existencia de normas invariables que muestren la manera en que el autor realiza estos contrastes. En los escritos, que comúnmente los biógrafos suelen llamar de juventud, las alusiones comparativas son directas y frecuentes, se vinculan a exposiciones secundarias y apartadas de los momentos en que realiza sus principales afirmaciones. La comparación surge como un aspecto complementario al trabajo de investigar para apoyar o reforzar la expresión de sus puntos de vista.

Tal vez, producto de la experiencia alcanzada por sus viajes, las entrevistas o las lecturas, así como de su permanente disposición a observar e interrogar con detenimiento, en los trabajos posteriores el ejercicio de comparar se hace más preciso. Con mayor frecuencia Tocqueville compara regiones geográficas, contrasta sistemas de gobiernos, busca diferencias entre conductas o normas políticas. Llega a observar semejanzas o diferencias en la interpretación de otros autores para incorporarlas a su estudio. Aunado a ello, la comparación le posibilita compensar o cerrar una descripción controvertida, sintetizar una prolongada exposición, permite mayor claridad a su ejercicio de análisis.

En sus últimos trabajos presenta comparaciones con sugerencias detalladas. Tocqueville observa la intensa disputa entre los grupos políticos en el seno de la Asamblea Constitucional en Francia. Destaca el caso de la Constituyente del 89 dirigida contra la aristocracia y el gobierno despótico, sin embargo, critica su desempeño debido al gran desorden que produjo y por actuar sin la menor capacidad para corregirlo.

³⁰ En Schleifer, p: 105. Un poco antes este mismo autor había anotado: “Se aceleró en gran medida su conversión permanente a las explicaciones pluralistas merced a su inclinación hacia lo que podríamos llamar el método comparativo. Una y otra vez las ideas de Tocqueville evolucionan como respuesta a sus experiencias norteamericanas, paralelas pero agudamente contrastantes: las diferencias entre las dos “razas” de Saginaw, y luego entre los canadienses ingleses y franceses; la yuxtaposición de Ohio y Kentucky; los distingos entre el Norte y el Sur, e incluso entre los dos continentes americano; la comparación de los hombres de Nueva Orleáns y con los de Montreal, la acumulación de enseñanzas de estos pares de experiencias sucesivos demuestran la sabiduría de uno de sus principios metodológicos básicos: “Sólo por comparación pueden juzgarse las cosas”, p: 90.

En cambio, la Asamblea Constituyente de 1848 contó con menos recursos para combatir la anarquía, pero tuvo la determinación suficiente para alcanzar su cometido. Apunta Tocqueville: “También fue violada, pero recuperó su lugar a mano armada y en el suceso encontró una causa de fuerza, no de debilidad. Es raro que un hombre, y casi imposible que una asamblea, pueda alternativamente hacer violentos esfuerzos en sentido contrario. El impulso violento hacia un lado, amortigua el del lado contrario”³¹.

Este ejemplo confirma que el conocimiento histórico, el énfasis de lo real sobre lo ideal, la disposición a evitar posturas unilaterales, la objeción al lugar común, dieron pauta directa al trabajo de comparar. Mientras lo comparativo permite descubrir nuevas referencias a lo largo de su trabajo de investigación, al momento de exponer sus resultados, las semejanzas y las diferencias encontradas le sirven para mostrar o facilitar la explicación de sus argumentos. Allí la comparación se desempeña como un apoyo para subrayar algún aspecto omitido, o bien, evitar una consideración menos relevante.

Habría que reiterarlo, su manera de comparar las cosas representa una importante recurrencia complementaria a dicha exposición. La comparación entonces brinda la oportunidad de no ser determinante en aquellos asuntos que resultan ambiguos. Aunque ello no significa que el uso de la comparación sea un requisito de la explicación para fijar la certeza sobre los puntos de vista propuestos.

La comparación opera como un recurso más del trabajo de análisis y, sus componentes temáticos en Tocqueville presentan rasgos peculiares. Una primer referencia muestra que, en muchos casos, los temas abordados se vinculan a un carácter pragmático, son pocos los que están referidos al ámbito de la teoría o de las reflexiones abstractas. Al mismo tiempo, se puede advertir que los elementos históricos presentados constantemente guían la comparación de los regímenes políticos que Tocqueville se propuso evaluar.

³¹ Tocqueville, ARR, Vol. 2, p: 111.

Una segunda distinción del procedimiento de comparar se caracteriza por no emplear contrastes de dicotomías cerradas. Es común, cuando existe el interés por aplicar el método comparativo se llegan a contener ideas en una relación de conceptos excluyentes. El riesgo de encuadrar cada uno de los términos empleados impone la condición de aceptar los hechos como verdaderos o falsos, pero al momento de no encontrar una referencia diferente a los valores o contenidos supuestos, se dejan de lado propiedades que no alcanzan a ser comprendidas bajo esa estrecha relación.

Al comparar, el autor no lo hace como si se tratara de equiparar cosas o ideas fijas con el propósito de reducir la descripción a características de situaciones consabidas. Tampoco se limita a identificar regímenes políticos para sujetarlos a una simple suma de rasgos particulares. En el caso de las sociedades examinadas en su obra, lo que compara son comportamientos bajo una relación abierta de tendencias. Por ejemplo, cuando evalúa la situación de Europa no lo hace como un bloque invariable de circunstancias; por el contrario, contempla su peculiaridad sobre una dirección que avanza o se detiene en el proceso de suprimir el orden de jerarquías aristocráticas, o bien, en la construcción de una sociedad igualitaria.

Sin embargo, para no exagerar las cualidades del método comparativo, cabe anotar que no se trata de un procedimiento que por sí sólo alcance a ordenar o explicar el conjunto de la realidad que se desea estudiar. La tarea de comparar constituye un procedimiento útil porque muestra múltiples referencias que permiten aceptar o descartar una determinada consideración, además de ofrecer la oportunidad para exponer una probable afirmación no del todo precisa.

En suma, el contraste alcanza a brindar una mejor posición para observar hechos o procesos bajo un doble carácter. Por un lado, auxilia a la tarea de investigar y, por otro, enriquece el esfuerzo de explicar las cosas cuando permite, bajo una condición diferente de representaciones, probar las suposiciones imaginadas. A este marco creado por el

recurso de la historia y de la comparación es conveniente incorporar un tercer aspecto que corresponde a las formas particulares de exponer los resultados.

3. El estilo.

La intensa labor de reflexionar y discutir, la revisión constante de los errores cometidos durante la investigación, descubren que no se trata de una obra que pueda reducirse a un tema o a una sola manera de entender lo político, sino del producto que logra observar la realidad a través de múltiples rostros³². La naturaleza de los problemas propuestos, así como la forma en cómo Tocqueville planea representarlos obligan a ensayar una prosa sobria y directa³³. En la medida que vive esta experiencia, se va asentando su estilo propio, como si con ello se resistiera al lenguaje excesivo de la época y a rechazar las afirmaciones simples y superficiales³⁴. No en vano la búsqueda más compleja, en esos términos, es la de la sencillez.

La manera de presentar los resultados cobra importancia singular en todo trabajo de investigación, por lo que cabe interrogar ¿cuáles son las características del estilo particular de la exposición de Tocqueville? Al respecto, creo que en buena medida ello está marcado por la manera personal en que el autor se coloca ante los problemas que se propuso examinar. En un primer momento, la presencia directa del padre, de los hermanos, la influencia de sus consejeros, como revisores de la primera versión de **La**

³² Para algunos autores esto muestra un pluralismo o neokantismo ante la frase: “Nunca habría imaginado que un tema que ya he desarrollado de tantas maneras pudiera volver a presentarse con tantos rostros nuevos”. En Schleifer, p: 91.

³³ “Gran parte del frío despego de **La Democracia** procede naturalmente de la personalidad del autor, pero también se debe en gran parte a su determinación, en más de una ocasión, de suprimir el dogmatismo y la emocionalidad que a veces se habría pasado en medio de la excitación de la redacción. Sus papeles revelan, por ejemplo, una suavización de sus fuertes pronunciamientos acerca del legado político de Jefferson y del futuro ‘cierto’ de la Unión, una tranquilización de sus excitadas alarmas acerca de la capacidad de *le peuple* y la supervivencia de la civilización europea, y un aligeramiento de su negro pesimismo por el futuro de la libertad”. Anotado en Scheleifer, CNLDAET, pp: 302-303.

³⁴ Por ejemplo uno de los estudiosos de la Revolución Francesa, François Furet, comenta: “[...] como Tocqueville no confía en el exhibicionismo emotivo y en los espasmos de la escritura típicos del genio de Michelet”. En **Pensar en la Revolución Francesa**, p: 43.

Democracia en América, advierten de los posibles excesos y omisiones de su lenguaje³⁵.

A decir de su biógrafo André Jardin, su estilo: “devenía de una tradición cercana: Herencia familiar –intelectual- reflejada en su preferencia por una claridad ‘clásica’ de la forma literaria que expresa las ideas con elegancia y sobriedad. Antes de la *Démocratie*, el padre y los hermanos del joven escritor examinan los menores aspectos de las frases, las palabras mismas, y todos manifiestan esta exigencia de rigor que a veces da al estilo de Alexis una pureza cristalina. La forma debe estar estrictamente subordinada a la idea, pero la idea a su vez se subordina a una utilidad social que parece el fin legítimo de la inteligencia”³⁶.

James T. Schleifer también coincide y precisa esta opinión: “Otro rasgo metodológico que se evidencia de los borradores sucesivos de **La Democracia** era su preocupación por el estilo. Para él, categóricamente, la forma no podía separarse del contenido. Trabaja en pos de un elevado ideal de artesanía literaria -y es muy probable que tomara a Montesquieu como modelo- las cualidades que perseguía eran la claridad, las formas directas, la economía del lenguaje y, dicho brevemente, cierto apartamiento, un estilo caracterizado por la elegancia y la precisión. Para alcanzar esta meta pedía críticas orales y escritas a sus amigos y a su familia, y volvía una y otra vez a reformar sus palabras, oraciones párrafos y capítulos, en busca del mejor empleo posible de los vocablos y del orden de las ideas”³⁷.

Más tarde, en **El antiguo régimen y la revolución**, prescinde de la consulta habitual y se muestra un analista con mayor experiencia. El permanente trabajo de investigación y

³⁵ “Gran parte del frío despego de **La Democracia** procede naturalmente de la personalidad del autor, pero también se debe en gran parte a su determinación, en más de una ocasión, de suprimir el dogmatismo y la emocionalidad que a veces se habría pasado en medio de la excitación de la redacción. Sus papeles revelan, por ejemplo, una suavización de sus fuertes pronunciamientos acerca del legado político de Jefferson y del futuro ‘cierto’ de la Unión, una tranquilización de sus excitadas alarmas acerca de la capacidad de *le peuple* y la supervivencia de la civilización europea, y un aligeramiento de su negro pesimismo por el futuro de la libertad”. Anotado en Schleifer, p: 302-303.

³⁶ Jardin, Op. cit, p: 50.

³⁷ Schleifer, Op. cit, p: 302.

la independencia para observar la política, muestran una madurez alcanzada por la constante labor de rastrear los indicios de un problema y por construir conjeturas más directas; lo que sin duda, crea una visión menos optimista de las cosas.

Pero aún, en la forma más acotada por la formalidad, para lograr explicar el comportamiento de los fenómenos observados, Tocqueville recurre a un empleo particular del lenguaje en el que rebasa la mera descripción de los hechos. Por ejemplo, anota: "El admirable efecto de los gobiernos republicanos –ahí donde pueden subsistir– no es presentar la perspectiva de regularidad del orden metódico en la administración de un pueblo sino la imagen de la vida. La libertad no ejecuta cada una de esas empresas con la misma perfección que el despotismo inteligente pero a la larga, produce más que éste. Infunde en todo el cuerpo social una actividad, una fuerza, una energía que no existía antes sin ella y que hace surgir maravillas"³⁸.

Esta libertad alcanza una especial dimensión, la escritura del autor es flexible, diversa, se recrea con el lenguaje, el manejo que hace de los tiempos penetra el terreno de los símbolos y de las representaciones. Al no existir un método riguroso que tenga que seguir al pie de la letra, su escritura llega a mostrar referencias innovadoras, al tiempo que posibilita revelar las que se disimulan entre la apariencia a condición de presentar un contraste congruente y oportuno.

La historia, las frecuentes comparaciones y el estilo sobrio de la escritura confluyen para dar expresión a su lenguaje. Su obra se caracteriza por una continua atención en varios temas: la organización democrática entre los americanos, la transición de un viejo régimen a otro nuevo, la tiranía de unos cuantos o de la mayoría, el individualismo como peligro para las nuevas sociedades. Este interés se expresa en dos grandes proyectos de investigación: América y Francia. Para realizarlos se concentra en observar, recopilar datos y analizar directamente cada una de las referencias que le resultan pertinentes, al mismo tiempo, se ocupa por el conocimiento del idioma de las fuentes originales.

³⁸ Jardin, Op. cit, p: 126.

En Tocqueville hay una serie de condiciones que se exige a sí mismo para investigar y que se refleja también al momento de exponer sus resultados. En la presentación de sus investigaciones era habitual que advirtiera a sus lectores de haber emprendido su trabajo con mesura frente a posturas radicales³⁹. Para la segunda edición de **La Democracia en América** anota respecto del contenido de la obra: “los lectores deberán reconocer al menos en su concepción y desarrollo de los alientos como para poder cumplir mi empeño dignamente”⁴⁰. Algunos años más tarde, en el prólogo de **El antiguo régimen y la revolución** revela otra característica de su espíritu y comenta: “Tengo la esperanza de haber escrito el presente libro sin prejuicio, pero no puedo decir que lo haya escrito sin pasión”⁴¹.

Frente a este marco de referencias, la pasión se representa un elemento destacado, baste recordar la vanidad y los odios que actúan en la Revolución Francesa y a los que dedica por completo un capítulo como los “cambiantes sentimientos de la multitud”, y que avivan la escena política, mientras que el “individuo” tocqueviliano de carne y hueso queda sujeto a la fortuna cotidiana y se hace sensible al lenguaje y a las impresiones del momento.

Aún más, el peso de las pasiones adquiere importancia también en el momento de la publicación de sus obras. En ese entonces el ambiente es polémico y exige asumir posiciones determinantes, el nuevo gobierno francés no alcanza a conformarse ni el antiguo régimen ha desaparecido del todo. No resulta extraño que el autor de **La Democracia en América** sea acusado de mantener compromisos con la aristocracia; o de mostrar preferencias ante la democracia⁴². Pero lejos de negar sus propios intereses,

³⁹ Categórico Tocqueville afirmará: “Resulta casi tan peligroso para la moralidad humana despreciar un prejuicio porque represente un obstáculo, como abandonar una idea verdadera porque sea arriesgada”. En AAR, Vol. 1, p: 18.

⁴⁰ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 8.

⁴¹ Tocqueville, AAR, Vol. 1, p: 49.

⁴² Tocqueville comenta: “Se quiere hacer de mí un hombre de partido y no lo soy [...] Se me atribuyen alternativamente prejuicios aristocráticos o democráticos. Yo quizás habría tenido éstos si hubiese nacido en otro siglo o en otro país. Pero el azar de mi nacimiento me hizo muy fácil defenderme de los unos y de los otros. Yo vine al mundo al final de una larga revolución que, después de haber destruido al Estado antiguo, no había creado nada duradero. La aristocracia estaba ya muerta cuando yo comencé a vivir, y la democracia no existía todavía. Mi instinto no podía, pues, arrastrarme ciegamente ni

en su trabajo se encuentra frecuentemente la condición de guardar equilibrio y mesura. Su actitud reservada y prudente era parte del método que empleaba para investigar, mientras que su pasión animaba nuevas referencias para pensar su mundo.

Aquí resulta oportuno rescatar un aspecto que ha quedado soslayado generalmente cuando se revisa la manera de observar los fenómenos políticos. En particular me refiero a la idea de *acción constante* que sugiere Tocqueville en la segunda edición de **La Democracia en América**. Como sabemos, son las acciones las que modifican de una manera o de otra a los acontecimientos, representan la capacidad para observar y actuar en el mundo, así como las posibilidades que tiene el hombre para influir sobre las cosas directamente por encima de los “hábitos intelectuales”.

Ante las dificultades del individuo para explicarse cada uno de los hechos que se suceden, la extensa y detallada labor de conocer al mundo resulta una tarea interminable. Por ello, para Tocqueville, el hombre se ve orillado a servirse de respuestas inmediatas que llama “falsas”, en lugar de procurar la lenta e infructuosa demostración de principios verdaderos los cuales siempre resultan cuestionables desde cualquier punto de vista. El autor anota: “El mundo no progresa mediante largas y sabias demostraciones. La rápida visión de un hecho particular, el estudio cotidiano de las cambiantes pasiones de la multitud, la fortuna del momento y la habilidad para aprovecharla, son los hechos decisivos en todos los asuntos”⁴³.

hacia la una ni hacia la otra. Meditaba en un país que durante cuarenta años había ensayado un poco de todo sin detenerse definitivamente en nada. Yo no era, por tanto presa fácil en cuestión de ilusiones políticas. Formando parte de la antigua aristocracia de mi patria, no tenía odio ni envidia naturales contra ella, y estando destruida esa aristocracia no tenía tampoco amor natural por ella, ya que no se adhiere uno fuertemente más que lo que vive. Yo estaba bastante cerca de ella para conocerla bien y bastante lejos para juzgarla sin pasión. Otro tanto diré del elemento democrático. Ningún interés me creaba una inclinación natural hacia la democracia. Ni había recibido de ella ninguna injuria. No tenía ningún motivo particular para amarla ni para odiarla, independientemente de los que me proporcionaba mi razón. En una palabra estaba en tan perfecto equilibrio entre el pasado y el porvenir que no me sentía natural e instintivamente atraído ni hacia uno ni hacia el otro, y no he tenido necesidad de grandes esfuerzos para lanzar tranquilas miradas hacia los lados”. Citado en la edición de **El antiguo régimen y la revolución** del Fondo de Cultura Económica, p: 10; y tomado de Schleifer, J. T., en CNLDAET, s/p.

⁴³ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 41.

De este modo, si el contraste aporta las impresiones de una “rápida visión” de las cosas, junto al estudio de las fuerzas y de los intereses y, sumados al análisis de las condiciones particulares del entorno político, entonces el resultado general de dicha combinación de cálculos puede ofrecer un plan estratégico para entender la realidad de una mejor forma.

Las impresiones constituyen parte de la opinión que actúa en contextos determinados, ante lo cual valga recordar al propio Tocqueville: “Lo que yo llamo espíritu literario en política consiste en ver lo que es ingenioso y nuevo más que lo que es verdadero, en amar lo que es interesante en un cuadro más que lo que sirve, en mostrarse sensible a la buena interpretación y a la buena dicción de los actores, independientemente de las consecuencias de la pieza, y a decidirse, en fin por impresiones más que por razones”⁴⁴.

⁴⁴ Tocqueville en **Recuerdos de la revolución de 1848**, p: 118.

Capítulo II. Europa y América.

La comparación histórica de Tocqueville muestra la gran tensión existente entre el orden del antiguo régimen concentrado en la figura del monarca y el proceso de cambio revolucionario conducido por el pueblo. Examina la diferencia entre la organización de los súbditos y la transformación revolucionaria impuesta por la movilización de los que reclaman ser considerados ciudadanos. La singularidad muestra que mientras el viejo sistema se ordena sobre una estructura de privilegios, la otra pretende sostenerse bajo la idea de la igualdad; esto es, romper la vieja sociedad de órdenes que es, tal vez, la obra más importante de la revolución.

Cuando Tocqueville revisa el caso de los Estados Unidos, primero toma en cuenta la geografía, las características de los tipos de suelo, así como el origen y la diversidad de su población. En efecto, Norteamérica supone una amplia extensión no antes habitada por pueblo alguno que haya pretendido imponerse sobre las condiciones naturales de vida. Un territorio casi inabarcable por su escasa población que constituye, a la vez, un terreno fértil para las labores agrícolas y un ambiente favorable para estrechar los vínculos comunitarios⁴⁵. A estas características se suma un *ethos* moral en el momento

⁴⁵ En Estados Unidos el proceso de cómo se formó esquemáticamente se puede enunciar recordando: "No se puede entender las instituciones norteamericanas, ha escrito Jared Sparks, si no se tienen en la mente la forma como el país ha sido colonizado. El primer asentamiento se encontraba en Plymouth y comprendía solamente 101 individuos rodeados por un vasto desierto, habitado únicamente por algunos salvajes. En cuanto a los derechos y formas de gobierno, los nuevos colonos, al desembarcar; carecía de nociones al respecto. Para sus relaciones mutuas y seguridad, acordaron un sistema de reglas sociales y políticas que adquirieron fuerza de ley. Era la forma más simple de una República. Así explica Sparks la formación del municipio, Estos después se agrupaban después en condados, los condados en estados, y más tarde los estados que eran las diversas colonias, se federaron, después de una lucha contra Inglaterra y la Revolución. Así la República norteamericana se edificaba a partir de la base, no teniendo los escalones superiores más que poderes delegados por los inferiores. Este marco natural de una democracia, fundada sobre la soberanía de un pueblo, no existe en Europa. Para volver a la libertad, la responsabilidad del estado deberá descargarse en las autoridades inferiores, crear la descentralización por ley: En Norteamérica las costumbres libres han creado la instituciones políticas libres; en Francia corresponde a la instituciones políticas libres crear las costumbres". Anotado en André Jardin, Op. cit, p: 125-126.

de la fundación que impregna entre sus pobladores un matiz especial al sentido de libertad e igualdad⁴⁶.

Pero Tocqueville requiere de un contraste para contemplar mejor la singularidad de esta nación. En el entorno geográfico de los Estados Unidos destaca la ausencia de vecinos hostiles; frente a sus fronteras sólo están los océanos, Canadá y México, países escasamente poblados y poco dispuestos al ataque. Este rasgo permite diferenciar la situación de Europa, que presenta enemigos permanentes, condición que obliga a los pueblos a establecer gobiernos fuertes⁴⁷. Dicho entorno de acoso hace pensar que la centralización es necesaria si se desea preservar un gobierno soberano; a su vez, tal condición demanda sistemas de seguridad y de un ejército regular, cuyos miembros están dispuestos a mantenerse dentro de un continuo estado de contingencia para acceder a mayores privilegios.

Al observar la organización política de los norteamericanos, Tocqueville advierte la carencia de un gobierno central: “En cuanto a la administración, me parece haberse ido al extremo exactamente opuesto al de Francia. Entre nosotros, el Gobierno está implicado en todo. Aquí no hay, o por lo menos no aparece haber gobierno en absoluto. Todo lo bueno de la centralización parece ser tan ignorado como lo malo. No existe absolutamente ninguna idea central que regule el movimiento de la máquina”⁴⁸.

En América, por el contrario, la provincia constituye un campo propicio para el desarrollo de los esfuerzos individuales y grupales. La localidad constituye un ámbito de educación política para formarse responsablemente y ampliar la capacidad del ejercicio público: “El

⁴⁶ Valga recordar a Tocqueville: “Los emigrantes no tenían ninguna idea de superioridad de unos sobre otros [...] se hizo evidente que el suelo americano rechazaba de plano la aristocracia territorial. Se comprobó que para roturar aquella tierra rebelde se requería por entero los esfuerzos constantes e interesados del propietario mismo. Una vez cultivado el suelo vióse que sus productos no eran tan grandes como para enriquecer a la vez a un propietario y al arrendatario. El terreno se parceló, pues en pequeños dominios que cultivaba únicamente su dueño. Ahora bien, es en la tierra donde se forma la aristocracia, es en el suelo donde precisamente se arraiga y se apoya; no son únicamente los privilegios los que la establecen, ni es el nacimiento lo que la constituye, sino la propiedad territorial transmitida hereditariamente”. En DA, Vol. 1, p: 49.

⁴⁷ Schleifer; CNLDAET, p:145.

⁴⁸ Ibidem.

principio general es que el pueblo, a través de sus representantes, tiene el derecho de vigilar todos los asuntos locales, pero debe privarse de ejercer ese derecho en todo lo que se relacione con el manejo interno de las localidades”⁴⁹. La vida de la provincia adquiere relevancia decisiva al quedarle encargada la formación de hábitos que permiten resolver los asuntos comunitarios por discusión general⁵⁰.

El gobierno local precede cualquier otra autoridad, lo que en muchas ocasiones da pie a la formación de las entidades estatales. Para enfatizar esta consideración Tocqueville hace eco del comentario de Jared Spark, quien anota: “Nuestros padres precursores, en cambio, fundaron la localidad antes que el Estado. Plymouth, Salem, Charleston, existían ya antes de que se pudiera hablar de un Gobierno de Massachussets; sólo se unieron más tarde, en un acto de voluntad deliberada”⁵¹.

Pero más allá del tiempo, cuando Tocqueville requiere de un contraste para analizar detenidamente los procesos de organización política observa las condiciones particulares de Europa. En el examen aparece una indiscutible diferencia en la que se finca la fundación de los Estados Unidos frente a la reconstrucción de Francia. Vistos desde una constante dicotomía, mientras en el antiguo régimen francés el tema que ordena el debate es la centralización de la administración y del poder, en América, la organización local de la comunidad marca las pautas de los procesos de vínculo y continuidad. La historia es tan diferente como bien sugiere Goethe cuando advierte que en América las catedrales góticas no existen. Todo está por hacerse alrededor de las asambleas locales y, el principio de “nosotros el pueblo”, constituye la base de la organización comunitaria de esta joven nación.

En Francia, las frecuentes y violentas transformaciones se construyeron sobre un proceso de concentración de atribuciones donde lo civil queda relegado por las condiciones de lo político. En contraparte, en Estados Unidos los procesos comunitarios

⁴⁹ Schleifer; CNLDAET, p:146.

⁵⁰ “Sólo ese hábito es el que forma gobiernos que sean verdaderamente libres”. Ibidem.

⁵¹ Schleifer; CNLDAET, p:147.

se distribuyen y se realizan en paz dentro de un ambiente llamado democracia. Para Tocqueville la democracia norteamericana no se entiende como una forma de mera libertad, en la medida en que las bases de este poder procuran normar la vida general de la comunidad sin la oposición de grandes instituciones estatales intermedias. Afirma: “En Norteamérica la moral libre ha hecho instituciones políticas libres; en Francia son las instituciones políticas libres las que deben moldear la moral”⁵².

Mientras en el viejo régimen europeo las instancias de gobierno son directas, plausibles y colman la vida de los ciudadanos, en América son difusas y muestran gran distancia entre los individuos y el gobierno. Las tendencias generadas se dirigen hacia un progresivo proceso democrático; la interrogante es saber si Francia cuenta con los elementos suficientes para lograrlo.

Ante el retroceso de la aristocracia, aparece la democracia como respuesta inevitable, por lo que se hace necesario transformar las instituciones comunales creadas por Bonaparte, fomentar los organismos de administración propia, promover hábitos y costumbres legales; y sobre todo, enorgullecer a la provincia y proteger las libertades locales como ámbito para la previsión contra los peligros del despotismo. Confluye la tradición federal del liberalismo francés, particularmente de Benjamín Constant⁵³, quien aconseja renovar las provincias para que no se limiten a girar en torno a un centro.

1. El problema de la centralización.

La antigua Europa muestra una sociedad gastada por el reacomodo constante de pugnas internas y el agobio centralista sobre el conjunto de normas tradicionales del orden local. Las referencias al centralismo en Europa corresponden al fin del

⁵² Schleifer; CNLDAET, p:147.

⁵³ Benjamín Constant comentará: “Es muy difícil no echar de menos, y desear aquellos tiempos en que las facultades del hombre se desarrollan en una dirección trazada anticipadamente, pero que producía el valor de los individuos, un convencimiento de superioridad de sus propias fuerzas, y un sentimiento inconcebible de energía y de dignidad”. En **Del espíritu de Conquista**, p: 36.

absolutismo clásico y al nacimiento de lo que más tarde sería llamado estado moderno, formado dificultosamente entre los desórdenes de las disputas religiosas y por una violenta guerra civil, la Revolución Francesa. Se suma el desmedido abuso de poder de los últimos monarcas quienes en su imprudencia precipitan la caída del régimen⁵⁴.

Los orígenes directos de ese viejo sistema absoluto se encuentran en la conformación de un estado que descansa sobre la fuerza del ejército y el control de la burocracia, al mismo tiempo, conserva la misma estratificación del sistema tradicional del feudo. Históricamente, el monarca al no reconocer otro mandato más que al divino, se entrega a la tarea de recomponer las fracturas con la Iglesia, reorganiza las viejas alianzas bajo nuevas lealtades, propicia seguridad a las familias y a los estamentos que gobernaba poniendo fin a la anarquía producida por las constantes revueltas locales. A la postre, este estado absoluto, se dirige progresivamente a controlar todas aquellas entidades independientes de su autoridad.

El centralismo concentra abasto, impuestos, administración, recursos humanos y económicos, determinación sobre la tierra y todo lo que en él concurre gira alrededor de un único punto, el monarca. Aunque esta dinámica denota una reducida presencia de poderes intermedios o de elementos contrapuestos, la centralidad apuntala los principales elementos necesarios para proporcionar estabilidad al sistema en su conjunto. Corresponde a una especie de mecanismo cuyas unidades se desplazan en torno a un insuperable punto que las retiene. Comenta Tocqueville: “no sólo forma parte de una jerarquía, sino que siempre está jerarquizado; sus miembros se ordenan en él unos por encima de otros de manera invariable”⁵⁵.

Aunque la centralización resulta agobiante, en muchos casos permite que los elementos periféricos mantengan un ámbito propio de acción y de vínculo entre ellos mismos, circunstancia que contribuye, en alguna medida, a la consolidación del sistema. En

⁵⁴ Ver el primer capítulo de Reinhart Koselleck, “The Absolutist State, Raison d’Etat and the Emergence of the Apolitical Sphere”, en **Critique and crisis**.

⁵⁵ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 225.

cierto modo, esa reducida y relativa autonomía funciona como un elemento de contención y de flexibilidad cada vez que se sobrecargan los atributos concentrados en el rey. Aún más, el régimen permite desarrollo, brinda provecho y seguridad a pesar de la condición aislada y subalterna de la comunidad: “en medio de todo constituyen un progreso”.

En su inicio, la centralización es algo más que una simple adversidad de la historia y representa un tema recurrente en las discusiones sobre la política de aquella época en Francia⁵⁶. En buena medida, se le acusa como una de las causas del estado de descomposición general de la sociedad francesa. En el examen de Tocqueville, el concepto presenta una dualidad marcada, primero por la centralización gubernamental, orientada al ámbito de los asuntos generales y de política exterior; y segundo, se muestra como una concentración administrativa dedicada a los asuntos internos, en los que la organización del municipio opera como ámbito estratégico.

Ambas esferas de centralización pueden llegar a confundirse y al permanecer vinculadas propician consecuencias nocivas: “habitúa a los hombres a hacer abstracción completa y continua de su voluntad a obedecer, no por una vez y respecto a un punto, sino en todo y siempre. No sólo los doma entonces por la fuerza, sino que también los hace suyos mediante sus hábitos, los aísla en la masa común y se apodera de ellos uno por uno”⁵⁷.

En Europa, el punto de confluencia entre ambas esferas se materializa en la persona del rey. Advierte Tocqueville que tal vez fuera el periodo de Luis XIV cuando se alcanza el grado más significativo de centralización. El monarca al mismo tiempo que establece leyes, mantiene el control para administrarlas, interpretarlas y ejecutarlas, sin tener un

⁵⁶ Entre los antecedentes directos al tema de la administración y centralización se encuentran las investigaciones del conde Hervé de Tocqueville, quien en su ensayo titulado *Vistazo de la administración francesa*, advierte que “Las distintas ramas de la administración forman una cadena que remata en su último eslabón principal que es el Gobierno”. Anotado por Schleifer; En CNLDAET, p: 151. Aún más, antes de iniciar la redacción del primer tomo de **La Democracia en América**, viaja a Inglaterra en donde aprecia un sistema descentralizado en el que cada condado vigila sus propios intereses.

⁵⁷ Tocqueville, DA, Vol. 1, p: 98.

cuerpo compensatorio suficiente que lo modere: “El Estado parece moverse en ella como un solo hombre; masas enormes se levantan a su voluntad y reúne y lleva donde quiere toda la fuerza de su poderío”⁵⁸.

Consolidado el vínculo entre centralización administrativa y centralización política, se impone un estatus que da equilibrio al régimen. Pero sin flexibilidad y sin contención se llega con el paso del tiempo a un estado pernicioso. Anota el autor: “la centralización administrativa sólo sirve para enervar a los pueblos a ella sometidos, puesto que tiene incesantemente a disminuir su espíritu de ciudadanía. Ciertamente que la centralización administrativa puede llegar a reunir, en una época dada y en un lugar determinado, todas las fuerzas disponibles de la nación; pero perjudica a la reproducción de las fuerzas. Da el triunfo a la nación el día del combate pero a la larga disminuye sus potencias. Puede por lo tanto, contribuir admirablemente a la grandeza efímera de un hombre, mas no a la duradera prosperidad de un pueblo”⁵⁹.

Los componentes de esta centralización se arraigan. Sin embargo, a la postre, llegan a presentar problemas decisivos para mantener la estabilidad de la vida feudal. Tocqueville observa distintos aspectos de este proceso:

- Ante la idea de que el sistema llegue a concentrar poderes ilimitados, un gobierno ni lo debe ni lo puede todo: “un poder central por muy sabio e ilustrado que sea, no puede abarcar por sí solo todos los detalles de la vida de un gran pueblo. Y no puede porque semejante tarea excede a las fuerzas humanas. Cuando por sus propios medios pretende crear y hacer funcionar tantos y tan diversos resortes, se contenta con un resultado incompleto, o se agota en esfuerzos inútiles”⁶⁰.

⁵⁸ Tocqueville, *Ibidem*.

⁵⁹ Tocqueville, *ibidem*.

⁶⁰ Tocqueville, *DA*, Vol. 1, p: 101.

- Una de las grandes tendencias de la centralidad es imponer uniformidad en las conductas generales. Esta se dirige a operar más como una contención o freno que como un dispositivo para organizar o motivar la acción colectiva. Una de las potencialidades de este régimen central es su habilidad para poner orden a las conductas irregulares entre los individuos, aunque generalmente este recurso llega a agotarse con rapidez: “En una palabra, sirve sobre todo para impedir, no para hacer. Cuando se trata de imprimir a la sociedad un movimiento profundo o un paso rápido, su fuerza le abandona. Por poca cooperación que sus medidas exijan del individuo, se queda uno sorprendido de la debilidad de esa inmensa máquina, que súbitamente queda reducida a la impotencia”⁶¹.

- Existe una manifestación casi imperceptible del deterioro de las bases del sistema y frente a ella no hay la anticipación para contener la descomposición del régimen. Por entonces en Francia, mucho del descuido y la indiferencia envuelve a todos por igual, no se atienden las consecuencias del debilitamiento del sistema, se piensa que la antigua estructura difícilmente decaerá. Este desinterés se traduce en un estado de ánimo que supone un estado permanente de estabilidad y continuidad.

- Aunque el estado no es en ningún momento una entidad perfecta ni una circunstancia eterna, en Francia se deja de considerar que se trata de una construcción sujeta al deterioro, necesitada de mantenimiento, se olvida calcular los límites de su resistencia. En efecto, la capacidad del sistema está sobrevalorada, más allá de infundir confianza, la actitud es de indiferencia general.

⁶¹ “La centralidad logra fácilmente, cierto es, someter los actos exteriores del hombre a una cierta uniformidad que acaba por hacerse deseable por sí misma, independientemente de las cosas a que se aplique, como ocurre a esos devotos que adoran a la imagen olvidando la divinidad que representan. La centralización consigue sin dificultad imprimir un paso regular a los asuntos corrientes, organizar sabiamente los detalles de la policía social, reprimir ligeros desordenes y pequeños delitos mantener a la sociedad en un statu quo que no es propiamente ni decadencia ni progreso, inducir en el cuerpo social

El diagnóstico de Tocqueville omite hacer una historiografía puntual de las condiciones por las que el régimen central llega a erigirse. Más bien, su interés se concentra en revisar la debacle revolucionaria, en la pérdida de equilibrio del viejo sistema monárquico y, en mostrar cómo el centralismo retorna para imponerse con mayor desproporción sobre la vida de los franceses en la época posrevolucionaria.

El interés del autor observa las características que manifiestan las nuevas tendencias de organización política. A diferencia de Europa, Tocqueville se percató de que en Norteamérica lo civil crea lo político y, reflexiona acerca de las particulares costumbres y formas que una cultura alberga para garantizar estabilidad a una organización social a la cual llama democracia.

La convivencia en la democracia anima un sentimiento que permite movilidad a la esfera social y brinda dinamismo al espacio político. La democracia se muestra como movimiento inevitable de la historia cuyo desarrollo depende entonces del esfuerzo humano y, como tal, representa el diseño de un espacio político diferente a la organización jerarquizada de Europa.

Al momento de la fundación de los Estados Unidos, se emprende la construcción de un sistema de organización local. Las primeras agrupaciones sociales de los americanos constituyen unidades independientes, separadas y repartidas a lo amplio de una vasta extensión de territorio. Estas condiciones dan flexibilidad y resistencia a su organización en general: en caso de existir alguna contingencia bien se puede prescindir de una unidad o de un grupo de ellas, sin llegar a correr el riesgo de que perezca la integridad del conjunto. De esta manera, el orden así distribuido puede preservarse mediante la asociación de partes que no necesariamente tienen que ostentar una gran fortaleza individual.

una especie de somnolencia administrativa llamada habitualmente por los administradores orden y tranquilidad públicos". En DA, Vol. 1, pp: 101-102.

La clave de la consistencia de este sistema se encuentra en los vínculos que asocian a cada una de sus partes con el resto de las otras instancias locales. A la vez, ello permite mantener las tendencias para contrarrestar la formación de una situación adversa, o la de una alianza con un poder igual o superior. Como consecuencia, esta estructura relega actividades y funciones para que otros las desempeñen con más eficiencia. Aquí, el principio de concentración queda subordinado al de especialidad de actividades y obligaciones de cada una de las partes.

Las semejanzas y divergencias entre la idea de centralización y democracia que se presentan en el segundo volumen de **La Democracia en América**, confluyen entre distintas preocupaciones e inquietudes latentes desde que fue pensado el primer tomo. Amén de que posteriormente se revelan de forma más acentuada en su obra sobre el antiguo régimen en Francia. Ese laborioso tejido de análisis permite a Tocqueville concentrarse para cuestionar en torno a la libertad y la igualdad.

El segundo volumen de **La Democracia en América** se publica como un intento de responder a las distintas inquietudes pendientes en el texto de 1840. Esta edición es más breve que la primera, pero significativamente muestra un mayor interés empírico. En algunos momentos el análisis parece separarse de aspectos particulares desarrollados en el primer tomo de **La Democracia en América**, en donde son frecuentes las comparaciones entre Norteamérica con Europa. En cambio, en el segundo volumen, su atención pone mayor énfasis en algunos rasgos del sistema político inglés respecto al de Francia. Lo que hace evidente el interés en el caso británico mostrado desde la preparación del ensayo *El Estado social y político de Francia antes y después de 1789*.

Esta segunda edición fue mejor aceptada en Inglaterra que en Francia, una de las objeciones al texto fue la resistencia de los franceses a reconocer a Norteamérica como pauta o referencia de organización igualitaria. En este segundo volumen se profundiza el estudio sobre el movimiento intelectual, los sentimientos, las costumbres y la influencia de las ideas en la sociedad política americana. El examen permite una suerte de

evaluación entre la democracia norteamericana y las tendencias que se viven en Europa. Más que concentrarse en investigar históricamente la formación de Norteamérica o Europa, la reflexión enfatiza el proceso de democratización y las formas para entender las condiciones o relaciones sociales que permiten fijar las pautas de orden y convivencia en torno a la idea de libertad.

En la comparación se observan algunas pautas que continúa este proceso respecto de las posibilidades de la libertad para establecerse y las vicisitudes que le deparan. El texto muestra a un autor que ha logrado reposar juicios y convicciones que pudieran parecer voluntaristas frente a un mundo adverso y complejo. Sin embargo, su examen conduce a elaborar un agudo diagnóstico de los riesgos a los que está expuesta la democracia en las sociedades contemporáneas.

El autor pone a prueba su manera de investigar. Esta labor no tiene el propósito de buscar referentes económicos o descubrir nuevos datos para formar una historia de los distintos grupos sociales. Su interés procura identificar las tendencias que suscita el proceso de libertad frente a las resistencias de la centralización. En los regímenes monárquicos, los niveles intermedios entre el rey y los súbditos los detentan familias o individuos colocados por encima del pueblo común. En sociedades igualitarias tal intermediación nobiliaria queda descartada por el alto costo para mantener este tipo de castas, como por lo innecesario de su presencia. En general, en sociedades igualitarias, los procedimientos son sencillos y transparentes a diferencia de los viejos sistemas de reglas complejas.

Una distinción más entre sociedades centralizadas y comunidades igualitarias se torna evidente cuando Tocqueville revisa la idea del poder único frente a la noción de legislación uniforme. En la aristocracia, la estructura de jerarquías establece una precisa distinción de privilegios y derechos particulares, los cuales resultan difíciles de ser aplicados para el total de la población. Por el contrario, la homogeneidad de normas es una tendencia que día a día se impone entre las sociedades igualitarias, incluso, en aquellas donde las condiciones de los propios individuos presentan diferencias tajantes.

Para las sociedades con antecedentes jerárquicos el problema radica en la manera de crear normas uniformes o comunes para el conjunto de la sociedad. Dice Tocqueville: “A medida que en un pueblo se igualan las condiciones sociales, los individuos parecen más pequeños y la sociedad más grande, o mejor dicho, cada ciudadano, ya equiparado a todos los demás, se pierde en la masa, y no se percibe ya sino la vasta y magnífica imagen del pueblo mismo”⁶².

Primero en América y luego en Europa se cree que el poder social emana del pueblo y una vez constituido, debe ser ilimitado para abolir los privilegios en beneficio del interés colectivo. Opina Tocqueville: “En Francia, donde más adelantada se halla la revolución de que hablo entre los pueblos de Europa, esas opiniones se han apoderado por entero de las inteligencias. [...] La mayoría estima que el gobierno obra sin acierto, pero todos piensan que el gobierno debe obrar sin cesar e intervenir en todo [...] La unidad, la ubicuidad, la omnipotencia del poder social, la uniformidad de sus reglas, constituyen el rasgo sobresaliente que caracteriza a todos los sistemas políticos nacidos en nuestros días”⁶³.

Sin embargo, la tendencia que impone el igualitarismo puede desembocar en una mayor centralización y, a su vez, en un estado despótico. Por tanto, el punto distintivo de las sociedades igualitarias está en el hecho de que los individuos se encuentran en desamparo ante un poder estatal único al que tienen que reconocer, someterse y cooperar. Así, los peligros de las democracias descubren abiertas las puertas de las sociedades modernas⁶⁴.

⁶² Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 245.

⁶³ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 246.

⁶⁴ Tocqueville comenta: “En épocas igualitarias, si los hombres conciben fácilmente la noción de un gran poder central, resulta indudable que además sus hábitos y sentimientos les predisponen a reconocer semejante poder y a cooperar con él. [...] Sólo haciendo un gran esfuerzo se apartan esos hombres de sus asuntos particulares para ocuparse de los comunes; su inclinación natural les induce a

2. Los riesgos de la democracia.

A pesar de la forma en que ha sido entendido el estudio de Tocqueville en torno a la democracia, vale anticipar que su interés no se ocupa tanto de las definiciones que utiliza. En todo caso, su atención se concentra sólo para evitar confundir las categorías y entregarlas a un ejercicio pernicioso de la política. Afirma: “Lo que más confusión provoca en el espíritu es el uso que se hace de estas palabras: democracia, instituciones democráticas, gobierno democrático. Mientras no se las defina claramente y no se llegue a un entendimiento sobre su definición, se vivirá en una confusión de ideas inextricable, con gran ventaja para los demagogos y los déspotas”⁶⁵.

Los individuos en sociedades igualitarias se comportan con indiferencia frente al orden público, se encierran en asuntos de su esfera privada y en los de su trabajo para entregarse a los beneficios de una vida de bienestar. Muestran una gran preferencia por la paz: “El amor a la tranquilidad pública [...] predispone de manera natural a los ciudadanos a ceder sin cesar nuevos derechos al poder central, o a permitir que éste se los apropie, por ser el único que a sus ojos tiene interés y medios para preservarlos de la anarquía defendiéndose a sí mismo”⁶⁶.

Esta indiferencia hacia el orden público es común entre sus conciudadanos, mientras el individuo permanece en independencia y en desamparo. En momentos de profunda necesidad, el sujeto opta por el apoyo del estado, el cual concentra innumerables recursos que superan por mucho la suma de ayuda que pudieran proporcionarle individualmente cualquiera de los otros miembros de la comunidad⁶⁷.

abandonar el cuidado de éstos al Estado, que es el representante visible permanente de los intereses colectivos”. p: 247.

⁶⁵ Tocqueville, ARR, Vol. 2, p: 100.

⁶⁶ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 248.

⁶⁷ Las consecuencias de esto adquieren para Tocqueville la forma de una trama lamentable: “Esto hará finalmente comprensible lo que suele ocurrir en los pueblos democráticos cuando se ve que

Tocqueville retorna al problema de la uniformidad de la ley como característica de la sociedad igualitaria, enfatiza la notoriedad que puede alcanzar el más mínimo contraste en un ambiente homogéneo. Por el contrario, en una sociedad desigual, por más grande que resulten las diferencias, cualquiera de éstas pueden pasar inadvertidas.

La preferencia por el orden igualitario es cada vez mayor, al mismo tiempo, se hace más evidente la oposición a cualquier privilegio mínimo. De allí que el estado, al ubicarse por encima del conjunto de la ciudadanía al detentar todos los derechos políticos, no representa ninguna posibilidad de resentimiento para el resto de la sociedad. Sin embargo, dicha lógica también se muestra como aversión entre los individuos y sus propios semejantes. Advierte Tocqueville: “El hombre de la era democrática no obedece sino con extrema repugnancia a su vecino, que es su igual; se niega a reconocerle capacidades superiores a las suyas; desconfía de su justicia y contempla celosamente su poder; le teme y le desprecia; se complace en hacerle sentir a cada instante la común dependencia en que se hallan todos de un mismo amo”⁶⁸.

Sin embargo, esta uniformidad presenta varias características. Evita el examen complejo de múltiples casos para aplicar un grupo de normas particulares, porque tal homogeneidad sintetiza y brinda sin distinción derechos y obligaciones generales. Aunque el estado y los individuos suelen mostrar discrepancias, también es cierto que se ven obligados a congregarse permanentemente dentro de la misma sociedad.

El estado encuentra en la centralización su forma natural de gobierno, en tanto que las condiciones de libertad y de independencia quedan sujetas a la suerte del juego político en las sociedades democráticas. Tocqueville destaca las circunstancias por las que los pueblos llegan a ser atraídos ante dicha centralización y establece la distinción en dos formas de acceso.

unos hombres que tan mal soportan la superioridad ajena sufren con paciencia a un amo, mostrándose a la vez orgullosos y serviles”, p: 248.

⁶⁸ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 249.

Un camino se forma por medios repentinos y otro por la tradición de convivencia en libertad. En América habiendo vivido bajo la tradición de relaciones libres hay oposición y, aún impuesta la igualdad, se procura mantener un marco de acción independiente frente al estado. Por el contrario, al establecerse la igualdad entre quienes nunca conocieron la libertad, como sucede en la antigua Europa, se polariza el fortalecimiento del estado a costa de un profundo debilitamiento de la sociedad⁶⁹.

Cuando la igualdad se establece por un cambio violento con el fin de transformar la estructura de privilegios de las clases aristocráticas se procura el amparo del estado. En este caso, al desaparecer los efectos temporales del rápido proceso y derrocadas las clases que controlaban la gestión de los asuntos locales, se descubre únicamente al estado como la entidad capaz de encarar los pormenores del gobierno.

Los mismos gobernantes depuestos por temor a la beligerancia entregan directamente al nuevo régimen las instancias de autoridad que detentaban. Entonces, para estos pueblos la centralización se convierte en una condición inevitable. Cita el propio Tocqueville: “el pueblo se esfuerza en centralizar la administración pública en las manos del gobierno a fin de arrancar a la aristocracia la dirección de los asuntos locales. Por el contrario, cuando finaliza esa misma revolución, suele ser la aristocracia vencida la que procura entregar al estado la dirección de todos los asuntos, pues teme la mezquina tiranía del pueblo, convertido en su igual y a menudo en su amo”⁷⁰.

En América la lógica de las transformaciones es otra, existen tres motivos que lo explican: no se cuenta con una estructura jerarquizada; se desconoce la subordinación al estado como un acto de servidumbre; no hay dependencia con el gobierno para que les sean confiados sus más mínimos asuntos. La democracia no se desarrolla únicamente por el progreso de la igualdad, sino de acuerdo a los antecedentes y a la forma en que ha sido

⁶⁹ Tocqueville comenta: “Entre los americanos es antigua; la igualdad es comparativamente nueva. Sucede lo contrario en Europa, donde la igualdad, introducida por el poder absoluto y bajo la mirada de los reyes, ya había penetrado en los hábitos de los pueblos mucho antes de que la libertad penetrara en sus opiniones”. En DA, p: 250.

⁷⁰ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 251.

anteriormente establecida. En todo caso, la tendencia hacia una mayor centralización por cualquier de estos caminos, ya se trate de un ambiente donde prevalezca la ignorancia entre ciudadanos y gobernantes, o por un alto grado de igualdad, en su extremo acaba por debilitar a la sociedad y al propio estado⁷¹.

Sin embargo, la causa principal de la centralización del poder político se encuentra en la misma disposición del soberano para detentar atributos y funciones. Para Tocqueville, la regla se impone: “En las sociedades democráticas, la centralización siempre será mayor cuanto menos aristocrático sea el soberano”⁷². Estas tendencias en Europa provocan las transformaciones para derrocar a familias monárquicas y colocar momentáneamente en su lugar a nuevos encargados.

Pero en la medida en que se afianza la monarquía, el carácter centralista aumenta a pesar de la rotación de quienes desempeñen la función gobernante. Las inclinaciones de Norteamérica hacia la democratización también se hacen sentir en Europa, aunque en este continente se suman otras presiones que marcan un pronunciado acento hacia el despotismo.

La razón es evidente, el despojo de derechos y atributos arrebatados a los individuos y a las corporaciones locales no resulta tarea suficiente para crear una base democrática sólida. En cambio, deja abierto un camino de mayor concentración de facultades a favor del monarca. Dice en el segundo volumen de **La Democracia en América** que aún en los asuntos mínimos de educación, asistencia pública o incluso en algunas cuestiones religiosas: “el estado se convierte en la guía para orientar y dirigir al conjunto de ciudadanos”⁷³.

⁷¹ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 253.

⁷² Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 254.

⁷³ Comenta Tocqueville: “No sólo el poder del soberano se ha extendido, como acabamos de ver, a toda la esfera de los antiguos poderes, sino que, insuficiente ya ésta para contenerle, desborda todos sus límites y se derrama sobre el dominio que se había reservado hasta la independencia individual. Un sinnúmero de acciones que en otro tiempo escapaban por entero al control de la sociedad les están hoy día sometidas y su número va en aumento”, p: 256.

La centralidad administrativa en el viejo sistema europeo adquiere proporciones extraordinarias e invade la esfera privada de los individuos en donde auxilia, sugiere y ordena⁷⁴. En cambio, en América opera una lógica contraria, la asociación de los individuos es el ámbito que genera pautas de respuesta ante el poder del estado, muy a pesar de que el propio gobierno ve con desagrado la formación de organizaciones de ciudadanos que se mantienen alejadas de su control. Muchas agrupaciones de este tipo, aún sin contar con los reconocimientos formales, actúan decididamente dentro de un marco social cada vez más determinado por las condiciones de debilidad social ante un estado tutelar.

Al volver la mirada hacia Europa, parece que la anarquía toca a la puerta de los pueblos rebeldes. Observa Tocqueville a aquellos pueblos que se empeñaron en derrocar un sistema de privilegios sociales y, sin resistencia alguna, hacen a un lado su independencia y la entregan a la subordinación cotidiana que brinda la protección de un poder que incrementa de manera desmedida sus atribuciones: “Los ciudadanos caen progresivamente bajo el control de la administración pública, sin darse cuenta, se ven obligados a ceder todos los días nuevas porciones de su independencia individual; y los mismos hombres que un día derriban un trono pisotean la autoridad de los reyes, se pliegan todos los días sin resistencia a los menores deseos de un funcionario”⁷⁵.

En su examen, Tocqueville hace una comparación entre democracia y centralización. El manejo histórico le permite contrastar los propósitos de igualdad y la manera en cómo se manifiestan ambos movimientos. Por un lado, hay una revolución dedicada a debilitar la fuerza del poder; en otro, opera en sentido contrario una resistencia empeñada en consolidarlo.

⁷⁴ “Afirmo que no hay país en Europa en el que la administración pública no sólo se haya centralizado más, sino también en el que no sea más inquisitiva y detallada. En todas partes la centralización penetra en los asuntos privados, regula a su manera acciones y acciones cada día más mínimas y se establece al lado, alrededor y sobra cada individuo a para ayudarlo, aconsejarle y obligarlo”. En Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 257.

⁷⁵ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 263.

Las consecuencias del análisis son puntuales, para Tocqueville lo importante es evitar confundir el proceso igualitario con el movimiento revolucionario: "Mientras la revolución democrática se hallaba en plena efervescencia, los hombres, ocupados en destruir los antiguos poderes aristocráticos que querían impedirla, mostraban un gran espíritu de independencia; pero a medida que la victoria de la igualdad se hacía más completa, se abandonaban poco a poco a las inclinaciones propias de esa misma igualdad, y se reforzaban y centralizaba el poder social. Quisieron ser libres para poder ser iguales, y a medida que la igualdad se iba estableciendo con ayuda de la libertad, la libertad se hacía más difícil"⁷⁶.

El despotismo también amenaza a los pueblos democráticos. A pesar de la existencia de gobiernos déspotas entre los romanos, estos antiguos gobernantes no se propusieron invadir la autonomía de las provincias por su particular manera de ejercer el poder. El tirano, aún con todo su fuerza, respetó los hábitos y las costumbres sin intervenir dentro de la administración local. En cambio, en los momentos en que la democracia inicia su expansión, el despotismo que se impone presenta un rostro distinto. Sin necesidad de manifestarse por la voluntad violenta de un hombre, este despotismo adquiere la forma de un sistema estatal menos lascivo, pero actúa con mayor poder para degradar a los individuos sin necesidad de atormentarlos directamente⁷⁷.

Tocqueville, al igual que Montesquieu, ve claramente los peligros de la uniformidad y su postura es radical. En uno de los párrafos más célebres de la segunda edición de **La Democracia en América** subraya: "Si imagino con qué nuevos rasgos podría el despotismo implantarse en el mundo, veo una inmensa multitud de hombres parecidos y sin privilegios que los distinguen incesantemente girando en busca de pequeños placeres, con los que contestan su alma, pero sin moverse de su sitio. Cada uno de ellos,

⁷⁶ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 264.

⁷⁷ "Creo, pues, que el tipo de opresión que amenaza a los pueblos democráticos no se parecerá en nada al que la precedió en el mundo; nuestros contemporáneos no recordarán algo ya sucedido y semejante. Yo mismo busco en vano una expresión que produzca y encierre exactamente la idea que me formo; las antiguas palabras de despotismo y tiranía no son adecuadas. La cosa es nueva, es preciso entonces tratar de definirla, ya que no puedo nombrarla". En DA, Vol. 2, p: 266.

apartado de los demás, es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos acaban para él con toda la especie humana; por lo que respecta a sus conciudadanos, están a su lado y no los ve; los toca y no los siente; no existe más que como él mismo y para él mismo, y sin bien le queda aún una familia, se puede decir al menos que ya no tiene patria⁷⁸.

Los riesgos a los que está expuesta la sociedad democrática son muchos. Las tensiones entre libertad e igualdad en Norteamérica pueden desembocar en la independencia, o bien, hacia el despotismo. Existe una orientación general hacia la igualdad y a la democracia, pero indirectamente tal tendencia alcanza a fomentar un ambiente favorable al funesto individualismo entre los hombres creando dramáticamente las bases de una sociedad sometida al egoísmo y, sin saberlo, se subordina al poder público que aprovecha tales condiciones para actuar a su antojo.

El egoísmo es parte de la naturaleza humana, sin embargo, el hecho particular es que el individualismo sin pertenencia a ningún lazo comunitario rompe y separa las normas de la organización social. Producto de la descomposición del sentido colectivo abona el camino hacia el despotismo de estado. Así el individualismo actúa como un elemento que desordena la convivencia al sobreponer el olvido y la indiferencia en el terreno comunitario entre los hombres.

Por tanto, el riesgo de esta tendencia no está en la anarquía, sino en el despotismo. Ante un individualismo desenfrenado, Tocqueville opone la libertad política, por lo que una de las características de la acción democrática es la disposición a reorganizar las rígidas normas de la jerarquía social y poner freno a los grandes desvíos del individualismo y del despotismo.

El punto capital de oposición a un estado despótico y a un individualismo extremo está en la creación y mantenimiento de pequeñas asociaciones particulares. En **La**

⁷⁸ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 266.

Democracia en América sobresale: “Para que los hombres conserven su civilización o la adquieran, es preciso que la práctica de asociarse se desarrolle y se perfeccione en la misma proporción en que aumenta la igualdad de condiciones sociales”⁷⁹.

Frente a la tiranía es necesario crear redes de asociaciones. Su función, así como de las pequeñas unidades territoriales, es imponer contención entre el poder y los individuos. A pesar de la fragilidad individual de los hombres en las sociedades democráticas, las posibilidades de asociarse constituyen una manera de procurar beneficios colectivos perdurables. Por el contrario, poco o nada pueden lograr sin la colaboración mutua: “Resulta evidente que si cada ciudadano, a medida que se va haciendo individualmente más débil y, por consiguiente, más incapaz de preservar por sí solo su libertad no aprende el arte de unirse a sus semejantes para defenderla, la tiranía crecerá necesariamente con la igualdad”⁸⁰.

Así la libertad ilimitada de asociación es la mejor defensa contra la tiranía. No en vano el autor, en la segunda parte del volumen II de **La Democracia en América**, se dedica casi por completo a revisar paso a paso el sentimiento de los pueblos a la libertad, la oposición a la individualidad, las asociaciones civiles y políticas, el vínculo con los periódicos, la relación entre la religiosidad y el bienestar común.

La consecuencia es lógica, en sociedades o tiempos democráticos, como los llama Tocqueville, aparece unido el plano formal de las instituciones y el tejido social de entidades voluntarias y autónomas⁸¹. Desde este plano, la reflexión acerca de lo civil se concentra en las posibilidades reales de las organizaciones dentro de la participación pública en oposición a los excesos de lo político: “Es a la vez necesario y deseable que el poder central que dirige a un pueblo democrático sea activo y poderoso. No hay que

⁷⁹ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 99.

⁸⁰ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 95-96.

⁸¹ Tocqueville comenta: “Tan pronto como unos cuantos habitantes de los Estados Unidos conciben un sentimiento o una idea que quieren dar a conocer al mundo, se buscan y cuando se han encontrado, se unen. A partir de ese momento ya no son unos cuantos hombres aislados, sino un poder visible cuyas acciones sirven de ejemplo; un poder que habla y al que se le escucha, en DA; Vol. 2, p:99.

provocar en él la debilidad o la indolencia, sino sólo impedirle para que no abuse de su agilidad ni de su fuerza”⁸².

Por lo tanto, las posibilidades de contención a las extralimitaciones del estado en una sociedad igualitaria radican en el establecimiento de organizaciones civiles para actuar en la defensa de los derechos comunes como salvaguarda de las libertades colectivas. Allí yace la oportunidad de garantizar un vínculo perdurable entre democracia y política. Pero Tocqueville no se pierde en idealismos democráticos. Aún más, no muestra gran inclinación o entusiasmo por los atributos del sufragio universal, de donde: “los ciudadanos salen por un momento de la dependencia para elegir a su amo, y vuelven luego a ella”⁸³.

Para el autor no resulta sencillo comprender la conducta de quienes habiendo renunciado a la responsabilidad de gobernarse ellos mismos, tengan la capacidad para designar a quienes los representen y los dirijan. En tal circunstancia es difícil pensar la correspondencia entre un eficiente gobierno ilustrado y un conglomerado de esclavos, el cual termina consolándose creyendo que en verdad ha elegido a sus tutores⁸⁴. El voto no resulta suficiente sino se vigila la actitud y el desempeño de los representantes, lo cual constituye uno de los principios liberales por excelencia.

Tampoco hay sorpresa por las bondades de la libertad de prensa. Si bien, el autor le llega a reconocer capacidad de freno o de contención al desempeñarse como una herramienta para llamar la atención pública en el auxilio de los semejantes, su postura resulta poco optimista: “El mal que produce, pues, es mucho menor que el que

⁸² Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 270.

⁸³ Tocqueville agrega” “existe hoy muchas personas que se acomodan fácilmente a esta especie de compromiso entre el despotismo administrativo y la soberanía del pueblo, y que creen haber garantizado suficientemente la libertad individual al entregarla al poder nacional. Para mí, esto no basta. La naturaleza del amo me importa bastante menos que su existencia”. En DA, Vol. 2, p: 267.

⁸⁴ “Una constitución que fuese republicana en la cima y ultramonárquica en todo lo demás siempre me ha parecido un monstruo efímero. Los vicios de los gobernantes y la imbecilidad de los gobernados no tardarían en provocar su ruina; y el pueblo, cansado de sus representantes y de sí mismo, crearía instituciones más libres o no tardaría en tenderse mansamente a los pies de un amo único”. En DA, Vol. 2, p: 268.

remedia”⁸⁵. En otras palabras, es más lo que impide que los bienes que pretende. Al mismo tiempo, advierte que una condición básica para gobernar queda vinculada con la condición de crear múltiples alianzas entre los distintos grupos del conglomerado social. El error de pensar una única coalición condena al fracaso a cualquier intento que pretenda detentar el dominio en una sociedad democrática.

El pronóstico es que en el futuro las tendencias de centralización y uniformidad se incrementarán, mientras que la esfera individual se contraerá cada vez más. Por lo que se reducen las esperanzas para que la independencia individual retorne a los márgenes que guardaba antiguamente. Después de valorar el desempeño de los gobernantes, las nuevas posibilidades para la acción colectiva y los espacios limitados de los particulares, la democracia se presenta como un movimiento inevitable lleno de riesgos y contradicciones.

Lejos de ser optimista, la conclusión sobre la democracia aparece colmada de nostalgia y de desencanto: “Recorro con la mirada esa inmensa muchedumbre compuesta de seres iguales, en la que nada se eleva ni se rebaja. El espectáculo de semejante uniformidad universal hiela mi sangre y me entristece, casi estoy por echar de menos a la sociedad desaparecida”⁸⁶.

Para Tocqueville, siguiendo a Montesquieu, el despotismo iguala y nivela al individuo. Resulta peligroso porque un individualismo extremo, como bien señala, deja al hombre sumergido en sus pequeños problemas, reduce su interés únicamente al de sus “familias”, mientras el poder hace y deshace a nombre de la igualdad sin contención alguna. El peligro está en esa uniformidad que no es democrática y lo pertinente en Tocqueville es precisamente su claridad para revelar lo que ocultan estas particulares formas de poder.

⁸⁵ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 100.

⁸⁶ Tocqueville, DA, Vol. 2, p: 278.

La uniformidad y la nivelación que impone el déspota son el peligro fundamental. Por ello es tan difícil hablar de igualdad y nadie como Tocqueville lo comprendió mejor. Vio el peligro en los Estados Unidos y sus consideraciones hoy resultan pertinentes ante el individualismo extremo, el olvido de la colectividad y los problemas de la democracia que requieren mayor análisis y reflexión.

Capítulo III. Francia antes y después.

Muchas de las interpretaciones convencionales realizadas en torno a la Revolución Francesa se han limitado a presentar análisis de dicotomías excluyentes. En distintos períodos este tipo de procedimientos ha mostrado múltiples expresiones. Por ejemplo, se procura explicar el triunfo de la libertad sobre la derrota de la esclavitud, la descomposición de la monarquía ante el arribo inevitable de la democracia, o bien, se intenta revelar el ascenso del capitalismo a costa del viejo orden feudal.

El problema es que ese tipo de oposiciones o estilos de estudiar la historia por su simplismo resultan insuficientes. Por el contrario, el análisis de Tocqueville no se interesa en elaborar secuencias cronológicas de hechos relevantes, ni siquiera busca discutir acerca de cuáles deberían ser los criterios para establecer períodos de tiempo que expliquen la aparición o el desenlace de tal o cual acontecimiento.

Sin pretender alcanzar validez historiográfica, sobre todo cuando son tan diversas las opiniones acerca del pasado, el propósito es observar a la historia como una enseñanza en el marco de la filosofía política. No es casual que la primera frase del prólogo de **El antiguo régimen** resulte categórica: “Este libro no es la historia de la revolución”⁸⁷. Allí el antes y el después o el pasado y el ahora, no se presentan como simples relaciones de hechos y, al evitar parcializar el tiempo, la exposición de Tocqueville permite ir más allá de explicar la realidad por una sola causa o por la intención manifiesta de los actores que participan en los hechos.

El gran tema de la investigación es el contraste entre un viejo orden y la aparición de una nueva sociedad que coincide con la decadencia de la aristocracia en Francia. La

⁸⁷ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 75.

tarea que se impone el autor es examinar el origen de la monarquía, conocer hechos, costumbres, formas de gobierno. En fin, una empresa tan intrincada como: "Penetrar hasta las entrañas mismas de ese antiguo régimen, tan cerca de nosotros por el tiempo, pero que la revolución nos oculta"⁸⁸.

Para el autor el antiguo régimen en Francia no desaparece abruptamente, los materiales de ese orden son los mismos que hizo suyos la propia revolución. Este presupuesto tiene un claro antecedente; el título de su breve ensayo **Estado social y político de Francia antes y después de 1789** es un ejercicio anticipado que se publica en 1836; un año después de la aparición de **La Democracia en América** y, constituye el primer intento de Tocqueville para analizar al antiguo régimen con un enfoque que se caracteriza por romper con el trato tradicional que había recibido el tema.

La investigación hace prácticamente una antropología de la aristocracia francesa y se contrasta con lo que de ella permanece. Revisa su procedencia, su arraigo, ocupación social, desempeño político, el funcionamiento y posición económica, para apuntar los elementos de su descomposición.

El examen se remite al origen feudal de Europa como comunidad fraccionada; repasa rápidamente el papel de la iglesia y su posición alejada de la sociedad, para proponer una idea que será desarrollada a lo largo de la obra: "lo que hizo Francia fue ponerse a la cabeza de dos grandes revoluciones: política y filosófica, nacional e intelectual. De ahí su papel propagador [...] Francia obró como Roma, que conquistó las naciones extranjeras con extranjeros. Francia no sembró a su alrededor los gérmenes de la Revolución, sólo hizo desarrollar los ya existentes. Francia no ha sido el Dios creador, sino el rayo que posibilita la eclosión"⁸⁹.

⁸⁸ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 76.

⁸⁹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 10.

1. Grupos sociales y continuidad.

Para Tocqueville los grupos sociales no aparecen como segmentos aislados ni constituyen bloques homogéneos unidos por la propiedad o intereses meramente económicos. Cada grupo une u opone propósitos particulares sin verse reducidos a una sola esfera o a determinismo alguno. Al hacer el examen de las sociedades europeas se contrastan detalladamente múltiples diferencias y particularidades, se agrupan y se clasifican de acuerdo a la lógica construida progresivamente por las interrogantes de su estudio⁹⁰.

El análisis encuentra semejanzas entre Francia e Inglaterra. Ambos estados comparten principios constitucionales de libertad y de orden legal, al mismo tiempo, presentan tendencias similares hacia la democratización y a la igualdad civil. Sin embargo, tales pueblos se “han imitado sin comprenderse”, desconociendo los ingleses mucho de la organización política de los otros, por lo que el autor afirma: “Me propongo dar algunas explicaciones sobre el estado de Francia antes de la gran Revolución de 1789, sin las cuales resultaría difícil comprender en medio de tantas vicisitudes”⁹¹.

El análisis tiende a ser más preciso cuando pone atención en las diferencias entre la aristocracia inglesa y la nobleza en Francia. La primera constituye un grupo dirigente, acaudalado y, sobre todo, su ilustración le hace pertenecer a un tipo de clase superior. En contraparte: “la nobleza francesa era, pues, a la aristocracia de Inglaterra, lo que la

⁹⁰ Al estudiar las clases medias francesas, Tocqueville por ejemplo llega a comentar: “Consideremos ahora a la burguesía en sí, aparte del pueblo, del mismo modo que hemos estudiado a la nobleza aparte de los burgueses. Observamos infinitas divisiones en esta pequeña parte integrante de la nación, que está separada del resto. Parece como si el pueblo francés fuera como uno de esos supuestos cuerpos simples a los que la química moderna descubre nuevas partículas separables a medida que los examina más de cerca. Yo he descubierto al menos treinta y seis cuerpos diferentes entre los notables de una pequeña ciudad. Estos distintos cuerpos, aunque diminutos, laboran sin descanso por reducirse más, eliminando cada día los elementos simples. Los hay que por este procedimiento han quedado reducidos a tres o cuatro miembros, lo que tiene por efecto que su personalidad sea más vigorosa y su carácter más belicoso. Todos estos cuerpos están separados unos de otros por pequeños privilegios, y se consideran honrosos incluso los más vituperables”, En ARR, Vol. 1, p: 122-123.

⁹¹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 12.

especie es al género; formaba una casta y no una aristocracia”⁹². Esta comparación llega a ser más explícita todavía, en Francia, la nobleza progresivamente se empobrece alejándose del poder político, por lo que una alternativa para mantener su influencia sobre el pueblo es: “gobernarlo o unirse a él para moderar a los que le gobiernan”⁹³.

Ante la idea de que quien detenta la administración en buena medida cuenta con mayores recursos para influir en las decisiones colectivas, este proceso representa para la aristocracia francesa la pérdida de privilegios políticos, económicos y honorarios. El estudio observa el alejamiento a la administración de los bienes públicos: “al dejar en manos de otros, los detalles de la administración para poner la mirada sólo en cuestiones de los grandes cargos del Estado, la nobleza francesa había demostrado preferir las apariencias del poder al poder mismo”⁹⁴.

Tocqueville en su evaluación destaca la preferencia de la aristocracia en los asuntos exteriores por encima de la vida local⁹⁵. La anotación resulta oportuna porque la distancia entre ambas esferas constituye la base de contrastes que el autor establece algunos años después, en el segundo volumen de **La Democracia en América**, para caracterizar la centralización administrativa y la centralización política.

Al mismo tiempo, el análisis pone atención en un factor más de la composición social de Francia en torno al llamado *tercer estado*⁹⁶. Este grupo se ubica entre pobres y ricos, se

⁹² Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 13.

⁹³ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 14.

⁹⁴ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 15.

⁹⁵ “La política exterior, las leyes generales, no ejercen más que una influencia indirecta y a menudo invisible sobre la condición y el bienestar de cada ciudadano. La administración local, en cambio tiene un contacto diario con ellos; toca continuamente sus puntos más sensibles; influye en todos los pequeños intereses que forman el gran interés que se pone en la vida; es el objeto principal de sus temores, y también el de sus esperanzas más queridas; los mantiene vinculados a ella por una infinidad de lazos invisibles que los arrastran sin que se den cuenta. Cuando gobiernan los pueblos, la aristocracia sienta las bases de poder que luego le sirve para dirigir al Estado”. En ARR, Vol. 1, p: 15.

⁹⁶ Vale destacar que el análisis de los grupos sociales y, en particular del *tercer estado*, se presenta de manera minuciosa en el ensayo *Estado social y político de Francia antes y después de 1789*, contenido en la edición del primer volumen de **El antiguo régimen y la revolución**, de Alianza Editorial; en esa misma se incluyen apuntes y borradores que Tocqueville dejó pendientes para la realización del segundo tomo y, desafortunadamente estos no se encuentran en la edición del Fondo de Cultura Económica.

desempeña como una suerte de burguesía naciente opuesta a la aristocracia. Se trata de individuos procedentes de sectores medios ajenos a las clases tradicionales, dedicados a la banca, el comercio, la industria, los negocios inmobiliarios, pero desvinculados del clero y de la nobleza. El *tercer estado* mantiene creencias propias, un sentido de comunidad particular, el temor de confundirse con los círculos sociales del poder monárquico, comparte el resentimiento contra quienes acceden o adquieren privilegios aristócratas y cargos públicos al votar en contra de los plebeyos.

Destaca Tocqueville la irreconciliable oposición entre este tercer estado y la nobleza al anotar: “estaban mezclados en el mismo suelo; pero formaban en él como dos naciones distintas que, aunque vivían bajo las mismas leyes, resultaban sin embargo extrañas entre sí. De estos dos pueblos, uno reponía sin cesar sus fuerzas y cobraba otras nuevas, y el otro iba perdiendo de día en día sin recuperar nada [...] Esta completa división que existía entre el tercer estado y los nobles, no sólo aceleraba la caída de la nobleza, sino que amenazaba con destruir en Francia a toda aristocracia”⁹⁷.

El *tercer estado* adquiere poder económico gracias a sus actividades comerciales, financieras, en especial, por el posicionamiento de la tierra producto de la fragmentación de propiedades nobiliarias. Conserva una estructura de privilegios y estatus particular, forma una comunidad como una especie de casta propia bajo un sentido de organización y dirección; lo cual marca, sin lugar a dudas, un matiz especial al espíritu revolucionario y de oposición radical a la aristocracia francesa tradicional.

Tocqueville completa el mosaico de oposiciones sociales: “Esta división que existía en Francia entre los distintos elementos aristocráticos, establecía en el seno de la aristocracia una especie de guerra civil que sólo podía beneficiar a la democracia. Rechazados por la nobleza, los principales miembros del *tercer estado* tenían que apoyarse, para combatirla, en principios útiles en el momento de servirse de ellos, pero peligrosos a causa de su misma eficacia. El *tercer estado* era una parte de la

⁹⁷ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 21.

aristocracia sublevada contra la otra, y obligada a profesar la idea general de igualdad para combatir la idea particular de desigualdad que se ponía en su contra”⁹⁸.

No sólo la propiedad sino también la actitud ante el problema de la tierra se traduce en un asunto significativo para el futuro de Francia. Para la nobleza y las clases ricas, la tierra deja de ser un lujo y entre los desposeídos se convierte en un recurso más para la producción. El contraste es evidente: “Uno la vendió para facilitar y acrecentar sus placeres, el otro la compró para aumentar su bienestar. De este modo la propiedad territorial, saliendo calladamente de las manos de los nobles, empezó a dividirse entre el pueblo”⁹⁹.

La parcelación de la propiedad en pequeñas unidades propicia la formación de nuevos grupos interesados en intervenir sobre las decisiones de los asuntos públicos. El tránsito de desposeídos a propietarios anuncia también el paso de súbdito a ciudadano: “poco a poco se fue difundiendo por la nación la idea de que sólo la igualdad se conformaba con el orden natural de las cosas que en ella estaba contenida la idea simple y general que debía presidir la organización de una sociedad bien ordenada”¹⁰⁰.

Otro elemento más se agrega a este proceso, a pesar de prevalecer un orden aristocrático, cada vez las tendencias en Francia apuntan hacia un igualitarismo promovido por grupos de intelectuales, diferentes de aquellos viejos abogados y jurisconsultos al servicio de la corte. Aparece una nueva ilustración, se ponen en boga escritores y filósofos quienes forman parte del *tercer estado* y, a los que se les: “oía despotricar contra los privilegios incluso en los palacios de los privilegiados”¹⁰¹. En este clima es grande el contraste de las costumbres que pretenden hacer prevalecer los viejos privilegios de una aristocracia en decadencia y la necesidad de transformar esa

⁹⁸ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 22.

⁹⁹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 27.

¹⁰⁰ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 23.

¹⁰¹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 25.

sociedad desigual, que para Tocqueville representaba ser a final de cuentas: “la nación más democrática de Europa”¹⁰².

Tales elementos distinguen diferencias relevantes para observar la decadencia de la aristocracia francesa y la tendencia general hacia la democracia. Ante la advertencia de que este camino es inevitable resulta oportuno observar la presencia de cuatro condiciones complementarias. Según el autor, la aceptación de la soberanía del pueblo; la ilustración convertida en asunto público; la disposición de perfeccionar la capacidad de gobierno; así como, la conciencia para identificar los efectos que puede provocar la centralización administrativa.

La tendencia contraria a la centralización se presenta como una expectativa de cambio y de abierta confrontación política. Sin embargo, derrocado el gobierno centralista, los hombres paradójicamente, en medio de sus temores y de sus dificultades para entenderse, delegan el gobierno a una administración que se coloca por encima de ellos. Se puede afirmar: “las naciones que adoptan la democracia suelen empezar por aumentar las atribuciones del poder real”¹⁰³. De esta reflexión se deriva una pauta lógica: no es lo mismo la capacidad para emanciparse que las posibilidades reales de gobierno. El largo proceso hacia la democracia, en su inicio, no demanda la rendición de cuentas a los monarcas, sino socavar las bases de la aristocracia para luego entregar la autoridad a otros poderes¹⁰⁴.

La disposición de la aristocracia es mantener el control sobre el poder local, mientras que las sociedades igualitarias se orientan hacia el gobierno centralizado. Al momento

¹⁰² Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 29.

¹⁰³ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 33.

¹⁰⁴ La síntesis que hace Tocqueville de este proceso es puntual: “los pueblos que adoptan el estado social democrático, casi siempre comienzan por centralizar el poder exclusivamente en el príncipe; cuando más tarde encuentran en sí mismos la energía y la fuerza necesaria, rompen el instrumento y transfieren la prerrogativas a mano de una autoridad que dependa de ellos; cuando son más poderosos, más ilustrados y están mejores organizados hacen un nuevo esfuerzo y revocando a sus representantes generales algunas de las atribuciones del poder administrativo las confían a mandatarios secundarios. Tal es la marcha natural instintiva y, por así decirlo, forzosa que siguen las sociedades que por su estado social, sus ideas y sus costumbres, se ven arrastradas hacia la democracia”. Ibidem.

en que los pueblos democráticos logran imponerse, no son lo suficientemente fuertes ni organizados para detentar el control sobre las instituciones. Entonces encargan el poder a las manos de un representante que se auxilia de un grupo de jurisconsultos para ordenar los procesos de gobierno. Se burocratiza inevitablemente el gobierno y nuevos notables ocupan el lugar de la vieja aristocracia.

El análisis de Tocqueville es exhaustivo y contempla los hechos bajo una especie de relación recíproca. Dicha perspectiva permite examinar la manera en que el monarca en Francia alcanza una gran concentración de poderes antes de la gran revolución. La lógica del fenómeno se refuerza simultáneamente: “París había empezado a ser el centro de las luces, de la riqueza y del poder del reino. La centralización del poder político en París aumentaba incesantemente la importancia de la ciudad, y su creciente grandeza facilitaba la concentración del poder. El rey atraía los asuntos a París y París atraía los asuntos al rey”¹⁰⁵.

Cuando Tocqueville observa detenidamente la tendencia a la centralización, su análisis presenta otra pauta evidente: “A medida que un poder central iba sometiendo al mismo sistema administrativo esas diversas porciones del territorio, se iban borrando las diferencias que se observaban entre ellas; y a medida que estas diferencias se borraban, el poder central encontraba mayores facilidades para extender su esfera de acción a todas las partes del país. Así, la unidad nacional facilitaba la unidad del gobierno, y la unidad de gobierno servía a la unidad nacional”¹⁰⁶.

La contraparte histórica de este proceso se halla en el desempeño del parlamento inglés, que actúa directamente sobre la mayoría de los asuntos de la comunidad. Sin embargo, al presentarse tal centralización, el estado retorna la iniciativa al orden comunitario. Para Tocqueville esta reserva no constituye una moderación del parlamento frente a la libertad local, sino representa la falta de instrumentos para someterla¹⁰⁷. En

¹⁰⁵ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 34.

¹⁰⁶ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 35.

¹⁰⁷ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 36.

cambio, en regímenes organizados por el ejecutivo caracterizados por crear normas y actuar al mismo tiempo, la orientación hacia el centralismo es creciente y opera sin obstáculo alguno.

Tocqueville resume: “Tal era, con anterioridad a 1789, el cuadro que presentaba Francia. El poder real ya se había apoderado, directa o indirectamente, de todos los asuntos y no tenía en realidad más límite que los de su propia voluntad. Incluso les había quitado la apariencia de un gobierno local a la mayoría de las ciudades y provincias; a otras sólo les había dejado esa apariencia de gobierno; y los franceses, a la vez que formaban el pueblo europeo de mayor unidad nacional, eran también el pueblo en el que los procedimientos administrativos estaban más perfeccionados y en lo que después se ha llamado centralización existía en más alto grado”¹⁰⁸. Las consecuencias de la centralización muestran que mientras en Francia se hacía cada vez más despótica, el espíritu de libertad comenzaba a propalarse primero; como idea y; luego, como hábito entre los franceses¹⁰⁹.

El autor hace un paréntesis en su análisis para trazar un acercamiento de lo que entiende por democracia. El término se resuelve bajo el significado de libertad o como sinónimo de independencia: “Según la noción moderna, la noción de democrática, y me atrevo a decir que la noción justa de la libertad, dando por supuesto que todos han recibido de la naturaleza las luces necesarias para guiarse a sí mismos, cada hombre trae consigo al nacer un derecho igual e imprescriptible a vivir independiente de sus semejantes en todo aquello que solo está relacionado consigo mismo, y a disponer como le parezca de su propio destino”¹¹⁰.

El apunte resulta oportuno porque la diferencia entre el antiguo régimen y la nueva sociedad puede observarse al considerar atentamente la noción de libertad. Mientras la

¹⁰⁸ Ibidem.

¹⁰⁹ Tocqueville precisa: “La libertad desaparecía de las instituciones y se mantenía más que nunca en las costumbres. Les parecía más querida a los individuos a medida que disminuían sus garantías”. Ibidem.

¹¹⁰ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 38.

vieja idea aristocrática se basa en el privilegio, la nueva se abre paso entre la concepción del derecho común y una relación menos desequilibrada entre pobres y ricos, poderosos y débiles; entre la confrontación de un estado centralizado y el reconocimiento de la autonomía social, que en su conjunto apuntan hacia un movimiento inevitable de transformación¹¹¹.

Dicho proceso de cambio pasa por reorganizar la estructura aristocrática como condición de acceso a la democracia. Frente a este dinámico cambio se impone observar la aparición de nuevas relaciones sociales y advertir las que continúan latentes para no sobrestimar la magnitud de la revolución¹¹².

La conclusión de Tocqueville destaca los alcances inéditos y universales del cambio revolucionario francés. Reconoce su poderío y acción vertiginosa, la califica como la más destructiva y creadora que haya existido. No obstante afirma que: “constituiría un error inaudito creer que haya surgido un pueblo francés enteramente nuevo y que se haya elevado un edificio cuyas bases no existían antes de ella. La revolución ha creado una multitud de cosas accesorias y secundarias, pero no ha hecho más que desarrollar el germen de las cosas principales, pues éstas existen antes que ella: lo que hizo fue reglamentar, coordinar y legalizar los efectos de una gran causa, más que ser ella misma esa causa”¹¹³. El pueblo continúa siendo el mismo y el edificio se conserva a pesar de los abruptos cambios, la historia otra vez se cubre de novedades con un barniz diferente que rejuvenece aquello que se mantiene invariable.

La novedad proviene más de la forma que del fondo y la hipótesis de Tocqueville se finca en la suposición de que en Francia las cosas hubieran cambiado de todas maneras aún sin la presencia de una gran revolución violenta. La comparación es elocuente: “La revolución no fue más que un procedimiento violento y rápido, con cuya ayuda se adaptó

¹¹¹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 41.

¹¹² Ibidem.

¹¹³ Ibidem.

el estado político al estado social, los hechos a las ideas, y las leyes a las costumbres”¹¹⁴.

La reflexión deja pendiente algunas inquietudes que serán abordadas después. Los temas madurarán a lo largo del tiempo para precisar acerca de lo que los franceses conservaron, sobre sus grupos sociales, el reemplazo de viejas instituciones, la posesión de la tierra; en fin, los cambios que ocurrieron entre las costumbres y las ideas políticas de entonces¹¹⁵.

Veinte años después de una intensa carrera política marcada por la vida parlamentaria y los cargos diplomáticos Tocqueville publica **El antiguo régimen y la revolución**. En este novedoso trabajo continúa presente su interés en la historia y en su método para comparar la política, al mismo tiempo, surgen nuevas interrogantes y se suman a las que llega a plantear en **La Democracia en América**¹¹⁶.

En **El antiguo régimen y la revolución** así como en las notas que prepara para la segunda edición de este volumen y, que posteriormente se publican bajo el título de **Inéditos sobre la revolución**, Tocqueville vuelve a revisar el proceso de transformación de la vieja sociedad en un nuevo régimen formado entre el éxito y el fracaso¹¹⁷. El

¹¹⁴ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 42.

¹¹⁵ Finalmente Tocqueville se pregunta “¿Qué parte de su antiguo estado se han conservado los franceses? ¿Qué ha sido de los elementos de que se componía, el clero, el tercer estado, la nobleza? ¿Qué nuevas divisiones han sustituido a las divisiones de la antigua monarquía? ¿Qué cambios se han efectuado en la propiedad territorial y qué efectos ha sido sui causa? ¿Qué transformación se ha operado en las ideas, en los hábitos, en los usos, en el espíritu entero de la nación?”. Ibidem.

¹¹⁶ Tocqueville escribe a Beaumont: “Pensé que no se trataba de emprender la historia del Imperio, sino de mostrar y hacer comprender la causa, el carácter y el alcance de las grandes acontecimientos que formaban los eslabones principales de la cadena de esa época. Por consiguiente, la finalidad del libro no consistiría en el relato de hechos. En cierto modo, éstos sólo serían la base sólida continua en que se apoyarían todas las ideas que anidan mi mente, no sólo en cuanto a esa época, sino también a la precedente y subsecuente, a su carácter, al hombre extraordinario que le dio plenitud y a la dirección que imprimió al movimiento de la Revolución francesa”. En ARR, Vol. 1, p: 49.

¹¹⁷ Al comentar acerca del propósito de la obra Tocqueville subraya: “cómo pudo consolidarse en medio de la sociedad creada por la revolución; cuáles fueron los medios que le sirvieron; cuál es la verdadera naturaleza de los hombres en la que se fundamentó; en qué consiste su éxito y su fracaso; la influencia pasajera y duradera que ejerció sobre el curso histórico del mundo [...] Me parece que aquí encontraría el material para un gran libro. En ARR de la edición del Fondo de Cultura Económica, p: 37.

estudio toma como punto de partida la intención de los actores revolucionarios de presentar la historia francesa como un acto de renuncia radical al pasado¹¹⁸.

Pero Tocqueville se percata que esta transformación no alcanza a ser ideológicamente tan original como se le presentaba, ni tampoco la ruptura con el antiguo régimen resulta tan drástica como se suponía. Frente a la idea seductora del cambio descubre la profunda deuda de la revolución con el pasado. La investigación revela que mucho del sorprendente proceso se construye sobre antiguos componentes centralizados que sostenían al viejo sistema¹¹⁹.

En **El antiguo régimen y la revolución** al revisar el problema de la centralización el examen se hace más sutil. El fenómeno se observa como una concentración prodigiosa que tiene capacidad de impedir y permitir, limitar y proteger la acción de los hombres. Frente a esa dualidad Tocqueville comenta: “La revolución ha tenido dos fases totalmente distintas; la primera, aquella en que los franceses parecían querer abolir todo el pasado; la segunda, en la cual quisieron restaurar parte de él”¹²⁰.

¹¹⁸ El examen revelará una condición distinta; ya en el prólogo de **El antiguo régimen** anota una de sus principales tesis con una anotación categórica: “Estaba convencido de que, sin saberlo, habían conservado del antiguo régimen la mayor parte de los sentimientos, de los hábitos e incluso de las mismas ideas con cuya ayuda habían hecho la Revolución que lo destruyó y que, sin proponérselo, se habían valido de los escombros para construir el edificio de la nueva sociedad; de modo que, para comprender bien a la revolución y su obra es preciso olvidar por el momento la Francia en que vivimos e interrogar en su tumba a la Francia que dejó de existir”. En ARR, Vol. 1, p: 45-46.

¹¹⁹ En **Retóricas de la intransigencia** Alberto O. Hirschman reconoce: “Apoyándose en una impresionante investigación de archivos demostró que muchas de las jactanciosas conquistas de la Revolución, desde la centralización administrativa hasta la generalización de la agricultura en pequeña escala estaban en realidad funcionando antes de que estallara. Hasta los famosos derechos del Hombre y del ciudadano, habían sido ya instituidos por el antiguo régimen mucho antes que fueran declarados en agosto de 1789 ... [esta fue su contribución más original] ... los hallazgos de Tocqueville acerca de la continuidad entre el antiguo régimen y la Francia posrevolucionaria tenían sin duda implicaciones políticas que fueron señaladas tras la publicación en dos importantes reseñas. Una de Charles de Rémusat, y la otra de Jean Jacques Ampères, éste anotó: El asombro se apodera de nosotros al ver en el libro del señor Tocqueville hasta qué punto casi todo lo que se mira como resultado o, como suele decirse, conquistas de la Revolución existía en el antiguo régimen: centralización administrativa, tutelaje administrativo, hábitos administrativos, garantías del funcionario ... extrema división de la tierra, todo esto es anterior a 1789 ... Al leer estas cosas uno se pregunta qué es lo que la Revolución ha cambiado y por qué se ha hecho”, pp: 59-60.

¹²⁰ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 47.

El propósito se concentra en conocer las causas por las que la revolución estalla en Francia antes que en otro lugar de Europa y, cómo este movimiento, identificado con la caída de la monarquía, se dirige por nuevos caminos¹²¹. Compara dos épocas de tiempo que dividen al proceso revolucionario¹²²; trata de encontrar las diferencias del antes y el después, e identifica elementos de enseñanza política. Examina las virtudes de las generaciones anteriores que tienden a desaparecer, revisa el antiguo sentido de independencia, la disposición hacia las grandes empresas, la fe comunitaria y, en ese esfuerzo, localiza también el rastro de circunstancias que contribuyeron a dismantelar la vieja sociedad francesa¹²³.

El autor muestra la madurez de su investigación y retorna a ella para observar la decadencia general, las dificultades para enfrentar el reemplazo de los gobiernos absolutos y contemplar la magnitud de los efectos del despotismo. Al mismo tiempo, vuelve a su crítica al individualismo, su advertencia es categórica: los hombres al carecer de vínculos comunitarios y, no habiendo nada que lo impida, caen dramáticamente en las manos del individualismo para entregarse a los goces inmediatos y al culto desenfrenado del dinero.

La apuesta es por la libertad como recurso que permite desarticular esta inevitable tendencia general de las sociedades modernas. La libertad representa la posibilidad de contener al individualismo y asociar nuevamente a los hombres en un ámbito de colaboración y apoyo mutuo. Muchas son las virtudes de la libertad social para frenar y

¹²¹ Anota Tocqueville: "Siguiendo rápidamente el curso de esa misma revolución, trataré de exponer los acontecimientos, errores y desengaños que indujeron a esos franceses a abandonar su primer objetivo y a desear ser los siervos iguales del amo olvidándose de la libertad, cómo se implanta un gobierno más fuerte que el que la Revolución había derribado que concentra en su mano todos los poderes, [...] que llama soberanía a los sufragios de los electores que no pueden ilustrarse, concertarse o elegir, y votación libre de los impuestos al asentamiento de asambleas mudas o sojuzgadas; y que, al mismo tiempo que arrebató a la nación la facultad de gobernarse, las principales garantías del derecho, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, es decir, lo más precioso y más noble de las conquistas del 89, se sigue ufando de ellas". En ARR, Vol. 1, p: 48.

¹²² Tocqueville sugiere: "Me detendré en el momento en que me parezca que la Revolución haya consumado más o menos su obra y concebido la nueva sociedad. Entonces consideraré a esta sociedad, trataré de distinguir en qué se parece a aquella que le precedió y en qué difiere, [...] en fin, intentaré entrever nuestro porvenir". En ARR, Vol. 1, p: 49.

¹²³ Ibidem.

ordenar, tantas que los propios déspotas llegan a reconocerla aunque sea una tendencia en contra de propios sus intereses.

Este examen muestra tres grandes aspectos en los que se divide el análisis acerca del fenómeno. El primero, gira entorno al interés por precisar la naturaleza o el sentido propio de la revolución; el segundo, se concentra en destacar las causas antiguas que la provocaron. Mientras que el tercero, rastrea las causas particulares e inmediatas que determinaron la forma en que se resolvió este proceso en Francia.

2. Religión y revolución.

El antiguo régimen y la revolución revisa la gran paradoja que representa la revolución como un hecho largamente preparado frente a un resultado imprevisto. El evento constituye un problema de alcance universal, que por su desenvolvimiento vertiginoso conforma una serie de tendencias extraordinarias que no logran identificarse de inmediato: “La revolución sigue su curso, a medida que se ve aparecer la cabeza del monstruo y se descubre su fisonomía singular y terrible. Después de haber destruido las instituciones políticas destruye las instituciones civiles, cambia las leyes, las costumbres, los usos y hasta la lengua. Después de haber arruinado la institución gubernamental, remueve los fundamentos de la sociedad, y por último parece querer emprenderla contra Dios”¹²⁴.

Ante el impacto devastador de acontecimiento se producen múltiples interpretaciones. El primer examen es emprendido por Edmund Burke, quien señala en “Reflexiones sobre la Revolución Francesa” los errores y arbitrariedades calificándola como azote y terror del género humano¹²⁵. Más tarde, Joseph De Maistre se manifiesta en contra de los

¹²⁴ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 55.

¹²⁵ El famoso ensayo de Burke realizado en 1790 aparece en la recopilación de **Textos Políticos**.

excesos de la “revolución satánica” y de quienes la consideraron una bendición¹²⁶. Años más tarde, Tocqueville la compara con las revoluciones religiosas y resalta su singularidad respecto de los otros estados europeos.

Destacar las diferencias entre revolución y religión resulta un aspecto tan complejo como polémico. El movimiento revolucionario francés al inicio combate a la iglesia católica, sus propósitos se dirigen a lograr la abolición de privilegios, alcanzar la soberanía del pueblo, fortalecer el poder social o establecer la conformación de reglas igualitarias. La oposición revolucionaria al cristianismo se revela contra la concentración de recursos y privilegios, por encima de la orientación de sus principios doctrinarios. De hecho, la expropiación de los bienes del clero no tiene por objeto la destrucción de la religión, lo que resulta imposible conforme a los usos y las costumbres locales en Francia. En su caso, la polémica con la iglesia en el Siglo de las Luces se resuelve en oposición al puritanismo y al despotismo de la misma¹²⁷.

El análisis incorpora una comparación del propio Mirabeau para apuntar la singularidad de la revolución. Mirabeau al revisar las condiciones de su tiempo afirma: “Comparemos el nuevo estado de cosas con el antiguo régimen; de ello nacen el consuelo y la esperanza”¹²⁸. Dicha referencia es el antecedente que permite a Tocqueville establecer un detallado marco de comparaciones entre religión y revolución. El fin es encontrar particularidades para mostrar de mejor modo la naturaleza del movimiento revolucionario francés: “Es por tanto con las revoluciones religiosas con las que hay que comparar la

¹²⁶ De Maistre apunta: “Lo que hay más de sorprendente en la revolución francesa es esta fuerza arrebatadora que doblega todos los obstáculos. Su torbellino arrastra como a una paja ligera todo lo que la fuerza humana ha sabido oponerle. Nadie ha contrariado su marcha impunemente. La pureza de los motivos ha podido ilustrar el obstáculo, pero eso es todo; y esta fuerza celosa, avanza invariablemente hacia su fin”. En **Consideraciones sobre Francia**.

¹²⁷ El resumen de Tocqueville es contundente: “a medida que se ha arruinado la obra política de la revolución se ha arruinado su obra antirreligiosa; a medida que se completa la destrucción de todas las instituciones antiguas políticas que atacó y quedan irremisiblemente vencidos los poderes, influencias y clases que le eran particularmente odiosos, y como última señal de su derrota, se han amortiguado los odios que inspiraban; a medida, en fin, que el clero se ha ido separando de lo que con él había caído, se ha visto cómo el poder de la Iglesia se levanta y se afirmaba en todos los espíritus”. En ARR, Vol. 1, p: 57.

¹²⁸ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 58.

revolución francesa, si queremos recurrir a una analogía para hacernos comprender”¹²⁹. Baste recordar las intensas guerras religiosas en Francia durante el siglo XVI que pusieron en peligro constante a la monarquía causando muerte y desolación.

La tesis advierte que la revolución a pesar de ir contra las instituciones religiosas toma de ellas algunas de sus características para desempeñarse como un movimiento político y civil. Al compararla con otros levantamientos de tipo religioso, Tocqueville encuentra su especificidad. Lo característico de otras revueltas civiles es la pertenencia a un lugar, en cambio la francesa careció de un espacio propio, ya que al difundirse como movimiento se exigió borrar sus fronteras locales. La convocatoria revolucionaria es formar un espacio común de hombres sin importar su procedencia para convertirse en ciudadanos del mundo.

El movimiento revolucionario toma de la religión la forma de su discurso para propagar su concepto de individuo. El hombre es visto como una entidad independiente de las particularidades de origen a la sociedad a la que pertenece. Hay una naturaleza humana compartida por las religiones: la definición de un territorio o un sustrato cultural se subordinan ante la idea de un individuo universal.

Por ello, entre más indeterminado resulta el carácter religioso, mayor difusión alcanza su discurso a pesar de las diferencias marcadas por las leyes o los hábitos. Apunta Tocqueville: “Consideró al ciudadano de una manera abstracta, fuera de todas las sociedades particulares, tal como las religiones consideran al hombre en general, independientemente del país y del tiempo. No buscó solamente cuál era el derecho particular del ciudadano francés, sino cuáles eran los deberes y los derechos generales de los hombres”¹³⁰.

Por ello, Tocqueville concentra su atención en el ánimo desbordado de las conciencias al momento de irrumpir la revolución. La idea que va configurando semeja la acción

¹²⁹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 59.

¹³⁰ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 61.

drástica y contundente de un inmenso movimiento: “sin Dios, sin culto ni vida eterna, pero que sin embargo, como el islamismo, inundó la Tierra con sus soldados, sus apóstoles y sus mártires”¹³¹.

Lo que hace apasionante el estudio de esta revolución es que se presenta como un movimiento en contra la oscuridad y el dogmatismo; sin embargo, en la medida en que se revela su propio carácter se muestra más como una acción eminentemente civil y política. El evento no logra cambiar del todo el sentido de las creencias, pero tiene mayor capacidad para derribar las instituciones feudales y reemplazarlas por un orden menos desigual; lo que a la postre, da el aspecto de un fenómeno de mayores proporciones.

Para Tocqueville la revolución es un acontecimiento fortuito e imprevisto producto de generaciones anteriores, repentinamente vertiginoso y violento. Explicar las causas que liquidaron a la monarquía francesa implica revisar distintas formas feudales para distinguir la correspondencia entre la condición de siervo y amo; a la vez, obliga estudiar las instancias políticas que conformaron la subordinación y la autoridad establecida durante la Edad Media.

La investigación compara las condiciones de la Francia medieval con Alemania e Inglaterra, realiza un detallado examen del pasado feudal entre costumbres y formas de administración comunitaria. El interés se orienta a indagar las raíces y las conductas del viejo régimen en un detallado examen de archivos, censos y registros llamados *terries* o *becerros* que guardan las viejas provincias. De esta manera, traza una especie de arqueología de la administración local de Francia y suspende por un momento la comparación con el presente para revisar las condiciones particulares de la vida feudal.

Durante el medioevo los estados son gobiernos con jerarquías de clase y poderes e instituciones administrativas más o menos semejantes. La característica que hace

¹³¹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 62.

singular al caso alemán, es la profunda subordinación del campesino al poder feudal, cuya dependencia al trabajo, educación y modo de vida lo sujeta al servicio del poder señorial. La situación del campesino francés es diferente, goza de libertad para desplazarse y disponer del lugar de trabajo para sujetarse como siervo; pero al abandonar la condición de servidumbre, queda incorporado a un proceso de profundo cambio: tiene la posibilidad de ser propietario de la tierra. Esto establece una relación singular frente al señor y ante el estado, liberándose del sistema feudal para atarse a otro modo de vida formado por la centralización y la supervivencia¹³².

Si bien los campesinos franceses eran propietarios libres, también estaban obligados a una infinidad de trámites y a condiciones extremas que no les permitían ahorro ni acumulación propia. Tocqueville al mismo tiempo describe la antigua relación entre gobierno y nobleza rural, destaca que tradicionalmente los señores cumplían el papel de administradores de los distintos asuntos de la localidad, así como de la repartición de impuestos, el mantenimiento de espacios públicos, la organización de reuniones o asambleas, el cuidado de la paz y el orden de la comunidad.

Paulatinamente los nobles abandonan tales tareas y se desempeñan como otros tantos miembros de la localidad. La nobleza en Francia es relegada para intervenir directamente en los asuntos generales de la sociedad. Queda limitada a participar en las áreas de justicia y en actividades meramente protocolarias, mientras que sus privilegios y sus recursos van empobreciéndose.

A diferencia de Inglaterra y Alemania, en Francia la antigua nobleza desempeña el papel de socorro a los pobres, resguarda el orden público, administra los bienes comunitarios entre otras funciones. Sin embargo, al dejar de ocupar tales cargos, el costo para su mantenimiento como casta se acentúa sumándose a la larga cadena de obligaciones que deben sostener las clases campesinas.

¹³² Advierte Tocqueville que tanto en Inglaterra como en Alemania ya existían campesinos propietarios. Lo peculiar del caso, es que esta tendencia en Francia alcanzó a cubrir casi la mitad de su territorio, aunado a que allí fue proliferando el espíritu de cambio revolucionario.

Este proceso constituye un efecto más de la centralización instalada desde la época del antiguo régimen, sus formas sólo se adaptan para continuar persistiendo a pesar del cambio revolucionario¹³³. El factor determinante en Francia lo representa la centralización administrativa la cual concentra funciones, recursos y atributos en un solo hombre y en un solo lugar, el monarca y París.

La atención de Tocqueville va al pasado para examinar cómo llegan a operar cada una de las relaciones de la administración local y, cómo las distintas instancias obtienen espacios a favor del gobierno para consolidar gradualmente las disposiciones centrales del rey. Al mismo tiempo, el análisis se torna más histórico al ir en busca de datos que le permitan conocer la situación por la que el campesino se subordina al poder central.

Se revisa la política de impuestos, la forma de cobranza parroquial, las formas para elegir autoridades y funcionarios en las provincias, el reclutamiento militar. Repasa los procedimientos de supervisión, así como el poder inconmensurable alcanzado por la figura del superintendente y sus agentes, la atención a los pobres, las acciones para el desarrollo del campo. Estas pautas resumen el problema que aqueja a Francia, para Tocqueville el gobierno pasa de soberano a desempeñar el papel de tutor¹³⁴.

La investigación compara el marco jurídico de Francia con el de Alemania para explicar las funciones de los tribunales ordinarios y las formas en que se desenvuelve la tutela administrativa. Pone interés en la organización de la justicia y cómo operan los funcionarios del antiguo régimen, en la forma en que la concentración administrativa alcanza a reemplazar los viejos poderes locales sin necesidad de desmantelarlos abruptamente.

¹³³ Tocqueville: "Toda Francia está cubierta de cuerpos administrativos [...], y que toman parte en el gobierno en virtud de un derecho que han comprado y del que no se les puede despojar". En ARR, Vol. 1, pp: 77-78.

¹³⁴ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 84.

Después de describir el centralismo alcanzado por París como metrópoli industrial, administrativa y política, el examen compara la ruina de la aristocracia rural francesa con su equivalente en Alemania¹³⁵. De nuevo se revisa la tendencia de nivelación entre las clases debido al empobrecimiento de la nobleza y al auge económico de algunos plebeyos. A este proceso se suma la educación y la forma de vida en París. Estos factores particulares marcan un matiz semejante entre el antiguo noble y el nuevo burgués¹³⁶. A la postre dicha disposición genera hábitos y maneras comunes de entender al mundo; se leen los mismos libros y se emplea el mismo lenguaje.

Pero la semejanza no implica vínculo o proximidad alguna. A pesar de compartir educación y modos de vida, los franceses se mantienen separados y encerrados en su mundo particular. En buena medida, Tocqueville retorna a los argumentos planteados en su ensayo veinte años atrás con el propósito de subrayar las peculiaridades de la vieja aristocracia respecto del resto de Europa al revalorar el sentido de la palabra “nobleza”.

Cuando se revisa su origen se observa una transformación singular: la palabra *gentleman* y su acepción de *gentilhomme* pasa de Inglaterra a Norteamérica hasta alcanzar a constituir la idea de ciudadano. Tal recorrido también es la ruta o la historia de la democracia. Sin embargo, en Francia el concepto de *gentilhomme* mantiene su carácter original para designar una casta o un ámbito de exclusividad social y no evoluciona a pesar de la llegada de la revolución. Este hecho muestra que en Francia el igualitarismo no alcanza a arraigarse en los hábitos del lenguaje, de tal manera que

¹³⁵ Tocqueville comenta: “Este empobrecimiento gradual de la nobleza se veía, en mayor o menor grado, no sólo en Francia sino en todas las naciones del continente donde el sistema feudal acababa de desaparecer, como en Francia, sin haber sido reemplazado por una nueva forma de aristocracia. Principalmente en los pueblos alemanes de orillas del Rin, esta decadencia era visible y notoria. Únicamente en Inglaterra ocurría lo contrario. Allí, las antiguas familias nobles que aún existían no sólo habían conservado sino aumentado su fortuna, y seguían siendo las primeras tanto en riqueza como en poder”. En ARR, Vol. 1, p: 111.

¹³⁶ Tocqueville señala: “Tanto para el uno como para el otro, la educación había sido igualmente teórica y literaria. París, poco a poco convertido en el único preceptor de Francia, acababa dando a todos los espíritus una misma forma y un mismo ritmo”. En ARR, Vol. 1, p: 112.

aunque el burgués y el *gentilhomme* se ven como semejantes, sus vidas continúan alejadas entre ellos mismos¹³⁷.

Mientras la nobleza como grupo pierde poder económico y político, el noble individualmente accede a espacios de influencia dentro de la corte. La aristocracia cede derechos de mando, aunque personalmente obtiene prerrogativas para servir directamente al rey. Estas desigualdades son más profundas entre nobles y plebeyos, en especial, para dispensar o imponer impuestos. Tocqueville, al mismo tiempo, aborda la cuestión de cómo la burguesía encuentra formas de acceso a la aristocracia con la venta de derechos nobiliarios; acción que permite al rey humillar a los aristócratas y posibilita ingresos adicionales de recursos.

Por el contrario, en Inglaterra lejos de enfrentarse los nobles y los plebeyos, el acercamiento entre los grupos tiene provecho recíproco producto de la compra directa de privilegios cortesanos. En Francia lejos de acercarse a los aristócratas con el pueblo, el proceso aumenta más las distancias y despierta sin medida el recelo mutuo, sobre todo, la irritación respecto de los recién ennoblecidos.

La discordia se refleja en múltiples ámbitos de la vida francesa. Al momento de la elección de autoridades locales, en el campo y en las ciudades; se llega al punto de que cualquier privilegio otorgado o dispensado implica la posibilidad de proyectar la desconfianza recíproca: “Esas mezquinas prerrogativas llenaban de envidia a los que no gozaban de ellas, y de orgullo más egoísta a quienes las poseían”¹³⁸.

Al igual que repasa el papel que desempeña la nobleza en el antiguo régimen, Tocqueville hace lo mismo con el caso de la burguesía. En su detallado examen

¹³⁷ Tocqueville comenta al respecto: “En efecto, a medida que se desorganizaba el gobierno del señorío, conforme los estados generales se van haciendo más raros o desapareciendo y acaban por sucumbir las libertades generales arrastrando en su caída a las libertades locales, el burgués y el noble dejan de tener contacto en la vida pública. Ya no sienten la necesidad de acercarse y entenderse; cada día son más independientes, pero también más extraños el uno y el otro [...] Sus respectivas clases no sólo son ya rivales, sino enemigas”. En ARR, Vol. 1, p: 116.

¹³⁸ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 121.

identifica vicios y virtudes de cada grupo. En aquella encuentra una actitud crítica que reacciona contra el abuso del poder al momento del estallido revolucionario; al mismo tiempo, destaca su apego al marco de costumbres locales y su oposición permanente por las arbitrariedades cometidas.

Al clero lo observa con desconfianza por actuar como aliado del rey, pero más tarde reconoce su importancia en la lucha por la defensa de libertades particulares. Especial impresión le causa la actitud del bajo clero, el cual se encuentra sometido al autoritarismo de los sectores de la iglesia aristocrática dedicada, a su vez, a la formación de la servidumbre política. Este bajo clero, en su carácter de propietario de tierras mantiene vínculos con los campesinos pobres y, en ocasiones, comparte los mismos padecimientos del centralismo¹³⁹.

Confrontado cada grupo aparecen las ventajas de evitar reducir el estudio a una categorización invariable. El análisis presenta a los grupos sujetos a un marco de condiciones históricas de las que deviene su especificidad política. Pero, a la vez, pone de manifiesto que el conflicto entre los grupos y los hombres representa una oposición cambiante, la cual, muchas veces llega a ser definida sólo por el juego del azar.

Aún más, en la impredecible disputa política, la razón no siempre llega a ejercer influencia sobre las ambiciones o los límites de los hombres. Es cierto que las pasiones representan intensos deseos y respuestas extremas de las emociones, pero también constituyen sentimientos distintos al razonamiento sereno y lógico. Los deseos y los

¹³⁹ Tocqueville agrega: "El clero se muestra con frecuencia intolerante y a veces tenazmente apagado a sus antiguos privilegios; pero, al mismo tiempo, tan enemigo del despotismo, tan favorable a la libertad civil y tan enamorado de la libertad política como el tercer estado o la nobleza; y proclama que la libertad individual debe estar garantizada, no ya por promesas, sino por un procedimiento análogo al de *habeas corpus*. Pide la destrucción de las prisiones estatales, la abolición de los tribunales excepcionales y de las avocaciones, la publicidad de todos los debates, la inamovilidad de todos los jueces; la admisibilidad de todos los ciudadanos a los empleos, los cuales no deben concederse sino al mérito; un reclutamiento militar menos opresivo y humillante para el pueblo y del que nadie está exento; la redención de los derechos señoriales que, nacidos del régimen feudal, son dice, contrarios a la libertad; la libertad ilimitada de trabajo, la supresión de las aduanas interiores; la multiplicación de las escuelas privadas; según él, se precisa una en cada parroquia y que sea gratuita; establecimientos laicos

temores alcanzan a desempeñar un papel propio y sus efectos en la política suelen ser determinantes. En ocasiones, se sirven de la razón para satisfacerse, como bien lo muestra Hobbes en **El Leviatán**. La razón por sí sola difícilmente puede conducir las acciones de los individuos, están presentes las pulsiones internas de la voluntad, la cual actúa de acuerdo a sus particulares reglas.

Cuando las pasiones llegan a colapsar las normas que regulan el orden de las cosas, el conflicto pasa de la tensión a la crisis y de la crisis a la guerra¹⁴⁰. Por ello, los odios y los apetitos adquieren un notable significado en el análisis de la política. Para Tocqueville, su presencia implica un esfuerzo adicional para comprender el comportamiento inestable de conductas o creencias. No en vano afirma: “En política, el miedo es una pasión que a menudo aumenta a expensas de todas las demás. Se tiene miedo de todo cuando ya no se desea nada con ardor”¹⁴¹.

La conveniencia de observar así una manifestación más de la confrontación política, es tener presente la confluencia de ímpetus sometidos a un juego constante de intereses y conductas en donde los valores se sobreponen mutuamente. El clamor de las brujas de Macbeth, al respecto, es elocuente: “lo hermoso es horrible y lo horrible es hermoso, volemos a través de la niebla y del aire corrompido”¹⁴².

Sólo a través de contemplar la intensa confrontación de pasiones, Tocqueville pudo percatarse del modo en que Francia se puso en movimiento el círculo hobbsiano de la discordia: la desconfianza, la competencia y la gloria¹⁴³. De esta manera, la ambigua relación entre bueno y malo enfrentada violentamente se convierte a la postre en la

de beneficencia en todas las zonas rurales, tales como oficinas y talleres de caridad; y toda clase de estímulos para la agricultura”, En ARR, Vol. 1, p: 136.

¹⁴⁰ Maquiavelo, **Discursos sobre la primera década de Tito Livio**; Libro I, capítulo 37.

¹⁴¹ En ARR, Vol. 2, p: 168.

¹⁴² Shakespeare, **Macbeth**, Acto I, escena 1.

¹⁴³ Hobbes, **El Leviatán**, capítulo XIII.

dualidad de guerra y paz¹⁴⁴; de la cual, no necesariamente llega a surgir una realidad extraordinariamente distinta a la que ya conocían los hombres.

3. Nuevas ideas y antiguas instituciones.

La Ilustración constituye el período intelectual más revelador de Europa durante el siglo XVIII. A pesar de ser tan diverso el movimiento se caracteriza por afirmar a la razón como principio general. El futuro es contemplado a la luz de la ciencia, la educación y el progreso; el individuo se coloca por encima de todas las cosas, lo que pone en cuestión a las instituciones y a las normas tradicionales. Una nueva actitud se afirma ante la vida y frente dios. Mientras la ciencia explica la naturaleza, la libertad ordena la política; en suma, la razón gobierna el quehacer de los hombres y surge una imagen más optimista del mundo.

Conocido a veces como Siglo de las Luces o Iluminismo, el movimiento confronta al oscuro misterio de explicar la realidad por medio de las supersticiones o interpretaciones mágicas. En lo social, se conduce a la crítica de las costumbres feudales, pretende afirmar la libertad de creencias y romper con las revelaciones teocráticas. En la esfera económica, la crítica de la razón postula el libre comercio, el desarrollo de la industria y del campo; en lo político, se dirige contra todo aquello que impide la libertad del individuo oponiéndose al gobierno absolutista.

En ese ambiente, la vida cotidiana de Francia se encuentra agobiada por el centralismo de la monarquía, pero también conserva normas y costumbres que la disponen para la libertad gracias al surgimiento de instancias sociales frente a las cuales el poder central se mantiene alejado. Tocqueville al exponer las causas directas del fin de la vieja

¹⁴⁴ Hobbes, **El Leviatán**, capítulo XV: "Bueno y malo son nombres que significan nuestros apetitos y aversiones, que son diferentes según los distintos temperamentos, usos y doctrinas de los hombres [...] Por consiguiente, un hombre se halla, en la condición de mera naturaleza (que es condición de guerra) mientras el apetito personal es la medida de lo bueno y lo malo".

sociedad francesa toma en consideración el apego singular de Francia a la cultura literaria.

Mientras en Inglaterra las inclinaciones intelectuales giran en torno a los asuntos públicos, en Alemania estas preferencias se orientan hacia la filosofía pura. La particularidad de Francia radica en el ánimo por reemplazar las múltiples y complejas normas tradicionales con procedimientos basados en la razón. Tales ideas eran ya conocidas en Europa, pero la manera en que se difunden entre los franceses adquiere un especial grado de pasión.

El contraste entre un exagerado marco de privilegios frente a otro colmado de carencias y agobiantes procesos administrativos sugiere la reconstrucción de Francia sobre nuevas instancias. El recelo contra el viejo régimen apunta una tendencia hacia la filosofía y a la literatura. En contrapartida, el antiguo discurso de la aristocracia ya no logra a dirigir las conciencias ciudadanas, frente a una nueva corriente de escritores que postula la creación de instituciones libres.

El siglo XVIII confía en el sujeto portador de la razón, difunde la crítica contra la tradición y los prejuicios manteniendo esperanza en la perfectibilidad del hombre. Bajo esa inquietud, aquellos individuos excluidos de los asuntos públicos encuentran un lugar de expresión en la filosofía. Un nuevo lenguaje propone la reforma a los sistemas generales de gobierno, e invade los salones y los clubes literarios a los que acude el clero, la nobleza y *el tercer estado*. La Enciclopedia alcanza el mayor de los éxitos.

Sin embargo, ante este entusiasmo general se torna difícil anticipar los riesgos de cualquier cambio drástico en la vida política de los franceses. La prudencia, virtud política por excelencia, parece ausente para prevenir las fatales consecuencias. Poco o nada se hace para evitar una transición abrupta de las normas antiguas. No existe anticipación alguna en esos momentos, aún cuando Francia ha padecido la experiencia de innumerables revueltas violentas.

Comenta Tocqueville que difícilmente se alcanza a discutir sobre los efectos directos de la lucha por la libertad: “la posibilidad de un derrumbamiento mantiene alerta a la prudencia pública; pero en aquella sociedad francesa del siglo XVIII, a punto de hundirse en el abismo, nada señalaba aún tal peligro”¹⁴⁵. No en vano, el infierno es la verdad anticipada de lo que no se quiere ver, como alguna vez lo comentó el propio Hobbes.

Aún más, contra una idea generalizada en Europa, los franceses creen orgullosamente haber alimentado al espíritu de los movimientos libertarios en el mundo y al ánimo democrático de Norteamérica¹⁴⁶. Sin embargo, sabemos que la revolución norteamericana es anterior y, que Francia no es la única fuente que llega influir la conformación de las modernas sociedades igualitarias. América en su momento representa una suerte de futuro para Francia, a decir de Tocqueville, los americanos crean la realidad de lo que los franceses están soñando: “como si Fenelón se hubiera encontrado de repente en Salent”¹⁴⁷.

Al mismo tiempo que la Ilustración se conforma en Europa, muchos se alejan de la iglesia por incredulidad. En Francia las nuevas ideas se difunden entre la población, pero los vicios acumulados tornan franca la beligerancia en contra del clero debido a su cercanía con la monarquía y por su desempeño como obstáculo de los cambios políticos que promueve el movimiento revolucionario.

¹⁴⁵ En ARR, Vol. 1, p: 159. Más adelante en su comparación con el caso inglés, Tocqueville apunta: “Así como en Inglaterra se confundían los que escribían sobre el gobierno y los que gobernaban - los unos introduciendo ideas nuevas para ser puestas en práctica y los otros ajustando y circunscribiendo las teorías a los hechos—, en Francia, el mundo político quedó como dividido en dos provincias separadas y sin trato entre sí. En la primera se administraba, y en la segunda se establecían los principios abstractos sobre los cuales debía fundarse toda administración. En la primera, se adoptaban medidas particulares indicadas por la rutina; en éstas se proclamaban leyes generales, sin pensar en los medios de aplicarlas. Unos tenían la dirección de los negocios, otros la de las inteligencias”, en Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 161.

¹⁴⁶ Comenta Tocqueville: “A menudo se ha atribuido nuestra revolución a la de América. En efecto, ésta tuvo mucha influencia en la Revolución francesa, pero no se debió tanto a lo que entonces se hizo en los Estados Unidos como a lo que en el mismo momento se pensaba en Francia: Mientras en el resto de Europa la revolución americana no era aún más que un hecho nuevo y singular, entre nosotros hacía más palpable e impresionante lo que ya se creía conocer. En los demás sitios producía asombro, aquí acababa de convencer”. En ARR, Vol. 1, p: 161.

¹⁴⁷ Ibidem.

La oposición se radicaliza: mientras que la iglesia se sustenta sobre un sistema convencional de creencias tradicionales, los nuevos escritores proponen un nuevo esquema de ideas. En tanto que el credo religioso se ordena por un único principio teológico, los intelectuales anteponen la razón. La iglesia cree en jerarquías, los intelectuales en una sociedad igualitaria. Mientras la iglesia pugna por el reconocimiento político, los otros luchan por destruir las instituciones autoritarias.

A pesar de que muchos clérigos son simpatizantes o se incorporan a la causa revolucionaria, los escritores ven en ellos a un aliado de la monarquía y el blanco de ataque más débil y vulnerable. No obstante, después de abolidas las leyes religiosas, el credo católico nuevamente logra afianzar su postura como respaldo moral a la población en el momento en que aparece una clase de revolucionarios quienes “llevaron su audacia hasta la locura y al terror”, dice Tocqueville.

Esta revisión hace pensar en momentos diferentes de cambio en Francia¹⁴⁸. El primero queda marcado por el propósito de liquidar al antiguo orden jerárquico para imponer un sistema de normas igualitarias. Años más tarde, la tendencia se convierte a favor de la libertad. Bajo ese intento el pueblo francés manifiesta la disposición para reorganizar los gobiernos locales y asumir la autonomía de su administración. Sin embargo, los obstáculos a los propósitos de libertad, continúan siendo el funcionamiento de una administración jerárquica y un estado tutelar que limita cualquier iniciativa de los individuos.

El conjunto de estas oposiciones da contenido especial a la idea de libertad. Ante las dificultades para lograrla, la disposición es mantener la centralidad administrativa junto a un sistema parlamentario dominante basado en: “la administración de la burocracia y el

¹⁴⁸ Es muy destacado el interés de delimitar de las distintas etapas del movimiento revolucionario, muchas de ellas prueban la aplicación de criterios cronológicos. Tal vez una de las más oportunas sea la de François Furet que presenta en **Pensar la Revolución Francesa** la posibilidad de hablar de tres revoluciones: la Asamblea Constituyente, poder paralelo al rey; la gran obra revolucionaria que se resuelve al mismo tiempo como la revolución municipal y campesina.

gobierno de los electores”¹⁴⁹. Tal circunstancia encuentra en sí misma una contradicción irresoluble que a Tocqueville le hace reflexionar acerca de un tema latente en su obra: el problema de la libertad. La cuestión es conocer el origen de la pasión por la libertad política y los aspectos centrales que limitan entender con claridad su sentido.

Primero, sobresale que los pueblos al estar mal gobernados expresan la necesidad por determinarse a sí mismos. El problema de la opresión hace pensar que una libertad así vista, sólo es procurada por su oposición al despotismo sin que importe una verdadera vocación de autonomía. La segunda consideración surge cuando el propósito que guía su lucha se limita a la producción de bienes materiales particulares; en ese camino, la libertad aparece como un simple medio subordinado que brinda, a quienes así la buscan, hacerla valer en momentos de oportunidad individual o de grupo, aunque no exista un provecho colectivo de largo plazo.

El problema no parece tener solución. A veces el anhelo de libertad surge como respuesta a la dominación o a la tiranía; en otras, se presenta como un estado de ánimo o simplemente se carece de más elementos suficientes para concebirla. Tocqueville opta por una inclinación personal: “No me pidáis que analice esa sublime satisfacción; es preciso sentirla. Penetra por sí misma en los corazones grandes que Dios ha preparado para recibirla; los llena y los inflama. Hay que renunciar a hacérsela comprender a las almas mediocres que nunca la han sentido”¹⁵⁰.

Ante las dificultades para comprender la libertad y en contra de cualquier determinismo, Tocqueville se percata que la Revolución Francesa no estalla en un país económicamente en crisis como se podía suponer, sino en uno que presentaba muestras de crecimiento. Su investigación confirma que el desarrollo comienza mucho antes de la eclosión revolucionaria y, se refleja entre los franceses como un renovado ánimo de vida para cambiar las formas legales del pasado.

¹⁴⁹ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 177.

¹⁵⁰ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 178.

A partir de la comparación entre un antiguo empleado público y un nuevo administrador, la investigación revisa el cambio de la época¹⁵¹. Ambos funcionarios poseen semejantes atribuciones y facultades, cuentan con recursos similares pero actúan bajo propósitos diferentes. El antiguo burócrata se concentra en la obediencia de las normas, se afana por el orden local y cobrar los impuestos correspondientes. En cambio, el nuevo empleado se distingue por su interés público, busca aumentar el erario y procura el desarrollo de la industria y del comercio a favor de la comunidad. El énfasis está en la manera de pensar el tiempo, mientras uno busca las seguridades en la tradición y en el pasado, el otro apuesta a no padecer penurias en el futuro.

Ese cambio de actitud marca las pautas del desarrollo en Francia: “Si se tiene en cuenta la diferencia de los tiempos, se verá que en ninguna de las épocas posteriores a la Revolución se desarrolló tan rápidamente la prosperidad pública como en los veinte años que la precedieron. A este respecto, los treinta y siete años de monarquía constitucional, que fueron para nosotros tiempos de paz y de rápidos progresos, sólo pueden compararse al reinado de Luis XVI”¹⁵².

Pero, cómo imaginar que Francia pudiera crecer a pesar de la desigualdad fiscal y arancelaria, la opresión de los privilegios feudales sobre los gremios, los empleados públicos o las clases campesinas¹⁵³. La respuesta de Tocqueville es reservada, tan sólo apela a los mismos recursos con los que contaba Francia: un gobierno poderoso y clases ilustradas, que a pesar de la centralización administrativa aún contaban con la capacidad para generar riqueza.

Desde luego que estas reservas no resultan suficientes para contener la inquietud pública. El desarrollo alcanzado ayuda a despertar aún más la conciencia por las libertades, frente a ellas crece el descontento contra el viejo orden: “La nación camina

¹⁵¹ Tocqueville comenta: “el interventor general y el intendente de 1840 no se parecían en nada al interventor general y al intendente de 1870”. En ARR, Vol. 1, p: 179.

¹⁵² Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 181.

¹⁵³ Tocqueville, ARR, Vol. 1, p: 182.

visiblemente hacia la revolución”¹⁵⁴. La irritación muestra que a pesar de haber dejado de sufrir peores desdichas treinta años antes, ya no se desea soportar mayores cargas¹⁵⁵.

La reacción de Luis XVI no hizo más que avivar el espíritu de inconformidad. No obstante, el gobierno no tuvo reservas para apoderarse de más tierras; mientras que el siguiente descalabro lo constituyó la supresión de fundaciones de asistencia comunitaria a los que se sumaron un sin fin de equívocos. Los continuos errores condujeron al caos. La desconfianza y el desorden invadieron los asuntos cotidianos. Pocos entendían qué hacer, cómo conducirse. El siguiente paso fue la debacle del antiguo régimen. Lo que parecía un cambio procedente de la crítica ilustrada se presentó como una ola de violencia inusitada.

5. A manera de conclusión.

La política es un entramado de confluencias que requiere de un tiempo y de un espacio. En ese dominio, donde cada parte se relaciona con el todo, el espacio es el mundo y el tiempo queda conformado por la historia. Para entender ese complejo tejido de relaciones, la perspectiva de Tocqueville se aleja de cualquier idealismo o empirismo y plantea preguntas propias para responderlas con los recursos que le permite la historia y desde las posibilidades que le brinda la comparación.

Su trabajo es una reflexión que se resiste reducir la política a un simple conjunto de normas de dominio o a sobreponer el carácter ideal de lo que podría ser. Este ensayo ha destacado que su particular examen rebasa la interpretación de sentidos con los que

¹⁵⁴ Ibidem.

¹⁵⁵ Pero “No siempre yendo de mal en peor se llega a la revolución. Suele ocurrir que un pueblo que había soportado, sin quejarse y como si no, lo sintiera, las leyes más opresoras, las rehace con violencia cuando aligera su peso. El régimen destruido por una revolución es casi siempre mejor que el que el que le había precedido inmediatamente, y la experiencia enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno suele ser aquel en que empieza a reformarse [...] A medida que se van suprimiendo los abusos, es como si se fuera dejando al descubierto los que quedan, haciéndolos más inaguantables; el mal es ciertamente menor, pero la sensibilidad es más viva”. En ARR, Vol. 1, p: 183.

comúnmente se estudia un fenómeno¹⁵⁶. Al observar la situación de Francia, no contempla a los Estados Unidos como referencia exclusiva, su examen revisa el caso de Inglaterra para evaluar sus rasgos particulares bajo un perfil democrático.

Incluso, la aristocracia francesa en este esquema puede llegar a reconocerse también como democrática conforme a tres circunstancias. La primera, en tanto que la decadencia económica de los nobles nivela la posición de las clases menos acaudaladas; la segunda, la representa la fragmentación y distribución de la tierra entre múltiples propietarios; y tercera, al aceptar dentro de su restringido entorno social a nuevos intelectuales, como sucede en la etapa previa a la revolución cuando reúne en sus salones a jóvenes escritores y filósofos.

Sin embargo, al comparar a Francia y América, la perspectiva cambia. Generalmente se muestra una administración centralista organizada con instituciones políticas formadas por la moral monárquica. Desde esta óptica los términos no resultan excluyentes ni quedan sujetos a categorías cerradas. Al evitar contrastes definitivos, el examen se hace más detallado, los procesos extraordinarios se contemplan a la luz de sus particularidades y se amplían los márgenes para observar la política.

En su examen Tocqueville incorpora el conocimiento de múltiples disciplinas para identificar el sentido político de los problemas. No se detiene a explicar las cosas por un orden predeterminado, su lógica continúa permanentemente cuestionando los datos que le presentan las fuentes consultadas. En su recuento modera su juicio, a pesar de las convicciones o creencias personales, busca una síntesis pertinente. Esta experiencia arroja resultados puntuales; al referirse en su examen al clero Tocqueville sostiene:

¹⁵⁶ Como ejemplo declara Tocqueville cuando revisa el caso de Francia: “Una nación que tiene comparativamente menos pobres y menos ricos, menos individuos poderosos y menos hombres débiles que ninguna otra nación del mundo; un pueblo en el que, a pesar del estado político, la teoría de la igualdad se ha apoderado de los espíritus y del amor a la igualdad de los corazones; en un país mejor unido entre todas las partes que ningún otro y sometido a un poder más central, más hábil y más fuerte; en donde, sin embargo, el espíritu de libertad –siempre vivaz-, ha adquirido en una época reciente un carácter más general, más sistemático, más democrático y más inquieto. Estos son los rasgos que caracterizan a Francia a finales del siglo dieciocho” Tocqueville en *Estado Social y Político de Francia antes y después de 1789*, que aparece en la edición de ARR, Vol. 1, p: 41.

“Comencé el estudio de la antigua sociedad lleno de prejuicios contra él; lo he terminado lleno de respeto”¹⁵⁷.

En su exposición evita los debates inoportunos. Al considerar los argumentos de otros autores, lo hace para reforzar sus propios planteamientos. La recurrencia a comparar distintas maneras de observar la política le permite mantener distancia respecto de puntos de vista convencionalmente aceptados. Pero cuando los resultados de su investigación lo llevan a descubrir equívocos que considera significativos, su postura no deja de ser crítica. A pesar de la admiración que le inspiraba el trabajo de Burke sobre la revolución, llegó afirmar puntualmente: “Su cuadro está lleno de pinceladas certeras, aunque el conjunto es falso”¹⁵⁸.

En suma, la virtud de Tocqueville no está en innovar procesos o métodos de estudio, sino en hacer de la historia y de la comparación una profunda reflexión de problemas que aún hoy se mantienen presentes. Con tales recursos Tocqueville observa que la lucha de la libertad no implica la igualdad de condiciones y normas sociales. Del mismo modo, pudo percatarse que la libertad no siempre se orienta por la búsqueda de un bien colectivo perdurable; en ocasiones, sólo sirve para alentar la oposición a un sistema agobiante de opresiones; en otras, puede constituir un beneficio aprovechable para los intereses particulares.

Del mismo modo, Tocqueville rompe con la forma convencional de entender el problema del cambio asumiendo dos posturas. La primera, advierte que las normas en política no necesariamente operan de acuerdo a la intención esperada por los actores, por lo que su esfuerzo no se restringe a observar el enfrentamiento de intereses. La segunda muestra, contra cualquier determinismo, que las transformaciones no forzosamente son fenómenos recurrentes en momentos de miseria.

¹⁵⁷ En AAR, Vol. 1, p: 137.

¹⁵⁸ En AAR, Vol. 2, p: 209.

Por ese camino identifica lo común y lo diferente entre la antigua sociedad y aquella que supuestamente se ha transformado. Contrasta cada una de sus interrogantes con el marco que aportan los datos históricos y las circunstancias de ese momento, alcanza a entrever los rasgos de un cambio que mostraba ser radical en apariencia: “hemos abandonado lo que el estado antiguo podía presentar de bueno, sin adquirir lo que el estado actual podría ofrecer de útil”¹⁵⁹.

Bajo ese tenor, la historia y la comparación le permitieron percatarse de un nuevo sentido de revolución. Con Tocqueville ya no se piensa sólo en una palabra orientada a enunciar un momento de crisis producto del reemplazo de un estado sobre otro; ni de la superposición de una nueva forma de gobierno por encima de la que ha quedado agotada producto de su envejecimiento; tampoco se trata de una expresión en la que la realidad termina siendo una oposición tajante.

En Tocqueville la idea de revolución adquiere un carácter abierto que apunta hacia una confluencia de circunstancias donde una parte revela lo que la otra no ha dejado de ser. Se presenta una especie de tránsito que obliga realizar una observación cautelosa del tiempo. Más que tratarse de un dato para la historia, en lo político, esto aconseja no perderse frente a las apariencias. Dirá Tocqueville: “hay que renunciar a explicar un cambio tan rotundo y súbito por las leyes habituales del mundo moral”¹⁶⁰.

Su exploración respecto de los orígenes particulares de la revolución describe el establecimiento de un orden que despoja la independencia de las instancias locales a favor de una concentración administrativa autoritaria. En un largo proceso ello condujo a la descomposición del orden tradicional y a desarticular cualquier iniciativa opuesta al interés del monarca.

Los individuos enfrentan la disyuntiva de continuar por un camino de libertad o de igualdad. El preámbulo revolucionario semeja un movimiento religioso que más tarde se

¹⁵⁹ En DA. Vol. 1, p: 33.

¹⁶⁰ En ARR, Vol. 2, p: 169.

descubre por su carácter intelectual y político. Tocqueville busca entre los elementos que conforman históricamente la centralización los factores que constituyen las particularidades de la revolución; revisa las formas administrativas, observa su lento y progresivo desarrollo. Este cuidadoso examen avanza y la suma de comparaciones muestra que no se trata de un simple momento de ruptura, sino se resuelve como una prolongada continuidad, hasta encontrarse con la presencia de un fenómeno inédito y vertiginoso.

El factor constante entre la antigua y nueva sociedad es el largo proceso de centralización administrativa que pasa a convertirse en una revolución radical. Con Tocqueville podemos entender que la revolución misma es una metamorfosis cíclica: transforma la inconformidad en literatura, la vida cultural en política; y mientras que ésta se vuelve violencia y terror, el movimiento revolucionario se convierte a la postre en un orden que se dispone gobernar bajo el marco de la igualdad.

De esta manera, la revolución entraña dos grandes paradojas. Una, siendo un movimiento de cambio radical, se descubre como una transformación iniciada mucho antes de ser imaginada por los propios autores. La segunda ironía radica que en aras de la igualdad, se impuso un estado mucho más centralizado que el establecido por la antigua tiranía monárquica. Se trata de la continuación de un mismo proceso que termina por nombrarse de distinta manera: “El antiguo régimen proporcionó a la revolución muchas de sus formas; ésta no hizo más que añadir la atrocidad de su carácter”¹⁶¹.

Quien se decide a comparar el pasado se obliga a una valoración prudente de los hechos. Valga reiterar que Francia en un momento llegó a inclinarse decididamente hacia la libertad y más tarde hacia la servidumbre bajo un optimismo igualitario. No es casual que en el último capítulo de **El antiguo régimen y la revolución** Tocqueville comente: “Cayó el dominador, su administración continuó viviendo, y cada vez que ha

¹⁶¹ En ARR, Vol. 1, p: 195.

querido abatir el poder absoluto, todo lo hecho ha sido poner la cabeza de la libertad sobre el cuerpo de un esclavo”¹⁶².

A pesar de que la investigación de Tocqueville en torno a la revolución queda inconclusa, resulta claro que el segundo volumen estaría dedicado a estudiar con el mismo detalle las consecuencias de este gran proceso. Pero mucho antes, Tocqueville pudo percatarse de que en el conflicto existían reservas de energía social que el poder de la confrontación revolucionaria potenciaba. Fuerzas y pasiones que la revolución liberó enfrentando primero las ideas y luego brutalmente a los hombres.

Por este camino Tocqueville advirtió que nada enseña más que una revolución y, que en política, nada orienta más que la historia. Una filosofía política formada así entre la idea y la violencia, estrecha la tensión entre lo que el ideal exige y lo que la realidad permite. En ese juego de posibilidades la filosofía política que sustenta la obra de Tocqueville le llevó a preguntar por la descomposición del orden social del siglo XVII, la misión histórica de la monarquía y el antiguo contrato soberano; la nueva relación entre el poder y la iniciativa colectiva. Su inquietud pasó por revisar la resistencia entre el sentido de comunidad y las apetencias individualistas; entre la guerra y la ley, la moralidad y la política.

Tocqueville es un contemporáneo porque su filosofía política es profundamente actual, los problemas de su tiempo en buena medida son también los nuestros: la necesidad de pensar una libertad con responsabilidades, gobiernos limitados, preservar valores comunitarios, pensar la política en estrecha relación con la historia, la religión, la jurisprudencia, la economía; es decir, en ese todo concreto donde se tejen las relaciones entre los hombres.

¹⁶² En ARR, Vol. 1, p: 207.

Bibliografía.

Arato, Andrew, et al, *Esfera pública y sociedad civil*, en **Metapolítica**, Vol. 3, Núm. 9; pp: 95-108.

----- **La sociedad civil: de la teoría a la realidad**, Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1999, 362 pp.

Badie, Bertrand, **Política comparada**, Fondo de Cultura Económica, 1986, 276pp.

Bracho, Julio, *La odisea de Tocqueville*, en **Historias**, Núm. 25, 1990, pp: 174-180.

Burke, Edmund, **Textos políticos**, Fondo de Cultura Económica, 1996, 375 pp.

Bourricaud, Francois, **Los intelectuales y las pasiones**, UNAM, 1990, 215 pp.

Constant, Benjamín, **Del espíritu de conquista**, Tecnos, 1988, 93 pp.

De Maistre, Joseph, **Consideraciones sobre Francia**, Tecnos, 1990, 156 pp.

Díez del Corral, L., **El pensamiento político de Tocqueville: formación intelectual y ambiente histórico**, Alianza Editorial, 1989, 402 pp.

Furet, François, **Pensar la Revolución Francesa**. Ediciones Pertel, 1980, 256 pp.

Hobbes, Thomas, **El Leviatán, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil**, Sarpe, 2 tomos, 1984.

Jardin, André, **Alexis de Tocqueville 1805-1859**, Fondo de Cultura Económica, 1997, 444 pp.

Koselleck, Reinhart, **Critique and Crisis: Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society**, Cambridge, MIT Press, 1988, 210 pp.

Maquiavelo, Nicolás, **Discursos sobre la primera década de Tito Livio**, Alianza Editorial, 1996, 459 pp.

Molina, Esteban, *Tocqueville: la incierta libertad*, en **Metapolítica**, enero 2000, Vol. 4, Núm. 13, pp: 126-135.

Nisbet, Robert, **La formación del pensamiento sociológico**, Tomo 1, Amorrortu editores 1977; 162 pp.

O. Hirschman, Alberto, **Retóricas de la intransigencia**, Fondo de Cultura Económica, 1991, 204 pp.

Putnam, Robert D., *Bowling Alone: America's Declining Social Capital*, en **Journal of Democracy**, Núm. 6, enero 1995, pp: 65-78.

----- **Making democracy work: Civil traditions in modern Italy**, Princeton University Press, Princeton, 1993.

Sauca, Cano, **La ciencia de la asociación de Tocqueville. Presupuestos metodológicos para una teoría liberal de la vertebración social**. Colección El Derecho y la Justicia, 1995, 671 pp.

Scheleifer, JT., **Cómo nació La democracia en América de Tocqueville**, Fondo de Cultura Económica, 1984; 427 pp.

Schmitt, Carl, **El concepto de lo político**, Folios, 1985, 189 pp.

Shakespeare, William, **Macbeth**, Edimat Libros, 1998; 390 pp.

Tocqueville, Alexis, **El antiguo régimen y la revolución**. Fondo de Cultura Económica, 1998, 343 pp.

----- **El antiguo régimen y la revolución**. Volumen I, Alianza Editorial, 1982, 269 pp.

----- **El antiguo régimen y la revolución**. Volumen II, Alianza Editorial, 1982, 295 pp.

----- **La democracia en América**. Volumen I. Sarpe - Alianza Editorial, 1984, 463 pp.

----- **La democracia en América**. Volumen II. Sarpe - Alianza Editorial, 1984, 291 pp.

----- **Inéditos sobre la Revolución**; Edita Dossat, Madrid 1980, 104 pp.

----- **Recuerdos de la Revolución de 1848**, Editora Nacional, Madrid 1984, 118 pp.

Zamarrón, Eduardo, *Tocqueville: la reinención de la política. Bibliografía comparada*, en **Metapolítica**, enero 2000, Vol. 4, Num. 13, pp: 146-151.